

## LA GUERRA DE CABRERA. La Primera Guerra Carlista en el Maestrazgo (1833-1840)

Javier URCELAY ALONSO<sup>1</sup>

### *RESUMEN*

La comarca del Maestrazgo, comprendido en sentido amplio, fue uno de los principales escenarios de la Primera Guerra Carlista. El levantamiento carlista producido a la muerte del rey Fernando VII, contó con el masivo apoyo de los Voluntarios Realistas del Reino de Valencia, pero fue pronto aplastado por las tropas cristinas. Sin embargo, la aparición en el campo carlista de la figura del seminarista tortosino Ramón Cabrera, de extraordinarias dotes organizativas, liderazgo y talento militar, permitiría su recuperación y crecimiento, hasta llegar a dominar un extenso territorio.

Tras la toma de Cantavieja, Cabrera desplegó una extraordinaria labor organizativa, tanto en el plano militar como en el civil, sentando las bases para la administración del territorio bajo su control, así como para convertir las partidas guerrilleras en el Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia.

Las tropas del Maestrazgo participaron en la expedición de Gómez, constituyeron la vanguardia de la Expedición Real que llegó hasta Madrid, conquistaron Morella, que convirtieron en su capital, y batieron al general Pardiñas en los campos de Maella.

---

<sup>1</sup> Fundador del Museo Carlista de Madrid. San Lorenzo de El Escorial. [www.museocarlistademadrid.com](http://www.museocarlistademadrid.com)

Tras el declive carlista en el Norte posterior al fracaso de la Expedición Real, Cabrera y su ejército concentraron las mayores esperanzas de la Causa legitimista. La no aceptación por parte del caudillo tortosino del Convenio de Vergara firmado por Maroto a espaldas del rey, le llevaron a continuar la guerra, primero en el Maestrazgo y después pasando a Cataluña, hasta que la disparidad de fuerzas y una grave enfermedad hicieron imposible la resistencia, viéndose obligado a cruzar la frontera francesa y poner fin a la guerra.

*PALABRAS CLAVE:* Maestrazgo. Primera Guerra Carlista. Guerra de los Siete Años. General Ramón Cabrera. Morella. Cantavieja. Ejército Real de Aragón, Valencia y Murcia. Carlismo. Legitimismo. Carlos V de Borbón. Pretendiente carlista.

#### *SUMMARY*

The Maestrazgo region, understood in a broad sense, was one of the main scenes of the First Carlist War. The Carlist uprising produced at the death of King Ferdinand VII, had the massive support of the Royalist Volunteers of the Kingdom of Valencia, but was soon crushed by the Christian troops. However, the appearance in the Carlist field of the figure of the seminarian from Tortosa Ramón Cabrera, with extraordinary organizational skills, leadership and military talent, would allow its recovery and growth, until it came to dominate an extensive territory.

After the capture of Cantavieja, Cabrera displayed extraordinary organizational work, both on the military and civil levels, laying the foundations for the administration of the territory under his control, as well as converting the guerrilla groups into the Royal Army of Aragon, Valencia and Murcia.

The troops of the Maestrazgo participated in the Gómez expedition, they formed the vanguard of the Royal Expedition that reached Madrid, conquered Morella, which they made their capital, and beat General Pardiñas in the fields of Maella.

After the Carlist decline in the North after the failure of the Royal Expedition, Cabrera and his army concentrated the greatest hopes of the Legitimist Cause. The non-acceptance by the leader of Tortosa of the Vergara Agreement signed by Maroto behind the king's back, led him to continue the war, first in the Maestrazgo and later in Catalonia, until the disparity of forces and a serious illness made the resistance impossible, being forced to cross the French border and to put an end to the war.

*KEY WORDS:* First Carlist War. Seven Years' War. General Ramon Cabrera. Morella. Cantavieja. Royal Army of Aragon, Valencia and Murcia. Carlism. Legitimacy. Charles V of Bourbon. Carlist claimant.

\* \* \* \* \*

### *1. El levantamiento carlista en la Cataluña meridional, Aragón y Valencia*

**E**l 29 de septiembre de 1833 se produce el fallecimiento de Fernando VII. Las noticias que enviaban todos los gobernadores anunciaban que se hacían preparativos para un alzamiento. Llauder, capitán general de Cataluña, extremó las precauciones y adoptó una serie de medidas para evitar el posible levantamiento general, que supusieron un efectivo estado de militarización del país.

El 3 de octubre, el administrador de correos de Talavera de la Reina, Manuel González, fue el primero en levantar la bandera del rey Carlos V, por lo que sería ajusticiado poco después.

El fuego de la insurrección se propagó rápidamente por el país y el 5 de octubre el teniente coronel José Galcerán, en Prat de Llusanés, enciende la tea de la insurrección en Cataluña, que fue sofocada rápidamente por las tropas de Llauder, pero otras partidas empezaban a hacerse presentes en varios corregimientos.

Inmediatamente después de producirse los primeros conatos de levantamiento carlista, el gobierno publicó varios decretos imponiendo la pena de muerte a todos los carlistas que fueran cogidos con las armas en la mano. Sentaba con ello el bando liberal la pauta de guerra sin cuartel y el carácter sangriento que habrían de caracterizar a la Guerra de los Siete Años.

En Aragón y confines del Reino de Valencia los acontecimientos habían seguido un curso paralelo al de Cataluña, con análogo descontento y clima conspiratorio entre los Voluntarios Realistas y los oficiales ilimitados y retirados. Sólo faltaba la aparición de un jefe militar de prestigio en el país, y una plaza fuerte que sirviera de apoyo.

El Real Decreto de desarme de los Voluntarios Realistas de 25 de octubre de 1833 se fue comunicando a los comandantes del Maestrazgo a mediados de noviembre. En muchos pueblos esta disposición fue incumplida, circulándose órdenes para que todos los realistas se reunieran en puntos determinados, señalándose Morella como el principal punto de reunión de los realistas del Reino de Valencia.

El 28 de octubre el coronel Carnicer, que se hallaba en situación de ilimitado, dio el grito a favor de Carlos V en el Bajo Aragón, que inició así la sublevación realista.

El día 6 de noviembre llegó a Morella Rafael Ramdeviu y Pueyo, barón de Hervés y conde de Samitier, que había salido de Valencia tras la muerte de Fernando VII para evitar ser víctima de los atropellos contra los realistas que se produjeron en la capital del Turia, ciudad de la que había sido alcalde-corregidor. Llegaba acompañado de varios cientos de voluntarios que se le habían ido incorporando en su tránsito. A su graduación militar en el Ejército, unía ser muy conocido en el país por los cargos políticos ocupados y por estar su baronía radicada en el pueblo de Hervés, a pocos kilómetros de Morella.

El barón de Hervés transmitió la disposición de los Voluntarios Realistas de Villarreal, Peñíscola y otras poblaciones que había atravesado, así como los progresos en las provincias del Norte y la precaria situación en que se encontraría la reina regente, obligada por los liberales a obrar prácticamente en contra de su voluntad. Con ello se encendieron los ánimos de los carlistas de la plaza, cuyo gobernador militar, el coronel Carlos Victoria, proclamó a Carlos V el 13 de noviembre.



**Figura 1: Manuel Carnicer y Rafael Ramdeviu, barón de Hervés, jefes del alzamiento carlista en el Bajo Aragón y el Maestrazgo**

Para administrar el poder conquistado, al día siguiente se constituyó una Junta de Gobierno. El barón de Hervés recibió el nombramiento de comandante general de la Corona de Aragón, enviando un llamamiento a

todos los comandantes Realistas de San Mateo, Benasal y demás pueblos del Maestrazgo, del distrito de Castellón de la Plana e inmediaciones<sup>2</sup>, sin olvidar al coronel Carnicer que no había temido precederle en tan arriesgada empresa.

Al saberse el levantamiento de Morella, de todas partes llegaban voluntarios para inscribirse en las filas carlistas. Voluntarios Realistas, algunos miembros del Ejército –incluido Carnicer con su gente–, antiguos combatientes del trienio liberal, simples campesinos y un número importante de jóvenes concurren a la plaza, pululando por las calles de Morella.

El grito a favor del pretendiente resonó en todos los ángulos de la provincia, echándose al monte distintas partidas. En las comarcas limítrofes del Bajo Aragón y de la Tierra Baja, se registraron movimientos similares, de modo que el 20 de noviembre contaba Morella sobre tres mil hombres armados.

Entre los que llegaron a Morella se encontraba un joven seminarista de Tortosa llamado Ramón Cabrera, que días antes había recibido del gobernador militar de su ciudad la orden de destierro, con otros sesenta vecinos considerados peligrosos por las nuevas autoridades.

Ramón Cabrera había nacido en diciembre de 1806, y era hijo de un marino mercante de nombre Josef y de su joven esposa María Griñó. Al ser su ciudad natal invadida por los franceses, la familia se había trasladado a Vinaroz, donde poco después fallecería el padre. La joven viuda regresó a su ciudad, donde no mucho tiempo después contraería matrimonio con otro marino mercante, de nombre Felipe Calderó.

El carácter travieso e inquieto del joven Ramón llevó a sus padres a encaminarlo hacia la carrera eclesiástica, aprovechando un beneficio al que tenían derecho fundado por sus antepasados en la catedral de Tortosa. La nula vocación del interesado llevó al experimentado obispo diocesano, D. Víctor Sáez, a no querer conferirle el diaconado, viendo en la personalidad del joven una mayor predisposición para la milicia que para la vida eclesiástica.

Al recibir el 12 de noviembre la orden de destierro con el pasaporte para Barcelona, Cabrera decidió dirigirse a Morella para unirse a los hombres que en todo el corregimiento de Tortosa y el Maestrazgo se levantaban por Don Carlos.

<sup>2</sup> El cuerpo de Voluntarios Realistas de los partidos de Castellón constaba de trece batallones y un escuadrón de Caballería con sede en Villarreal. Los batallones radicaban en Castellón de la Plana, Villarreal, Vall de Uxó, Peñíscola, Torreblanca, Onda, Morella, Benasal, Vall de Almonacid, Segorbe, Jérica, Villar del Arzobispo y Liria. Todos estos efectivos pertenecían a la segunda brigada de la Subinspección de Voluntarios Realistas de Valencia y Murcia. Ver *Estado Militar de España*. Imprenta Real. Madrid, 1833.

Al poco de llegar a la plaza, Cabrera ofreció sus servicios para ocupar un puesto de secretario de Cosme Covarsí, comandante del batallón realista de Vinaroz, que necesitaba un cabo que supiera leer y escribir para ayudarle en las tareas de encuadramiento de los mozos. De esta manera Cabrera, a los pocos días de unirse a los rebeldes, se situó junto a los jefes que estaban dirigiendo el movimiento y supo granjearse la simpatía del barón de Hervés y del coronel Victoria.

Los capitanes generales tanto de Aragón como de Valencia, alarmados por el carácter que tomaba el levantamiento, enviaron tropas para sofocar la sublevación en los pueblos del Maestrazgo y rendir la plaza de Morella.

El general Horé, gobernador militar y político de Castellón, se plantó ante Morella con artillería, ante lo que los jefes carlistas consideraron que era mejor salir al encuentro del adversario, aprovechando su superioridad numérica. Los reclutas carlistas no pudieron, sin embargo, resistir el empuje de las tropas cristinas y se replegaron con gran desorden, corriendo unos hacia la ciudad y dispersándose otros por los montes.

En vista de la situación, el coronel Victoria y el barón de Hervés decidieron la evacuación de la ciudad la noche del 7 al 8 de diciembre, sin que los liberales se percataran de ello.

En la plaza quedaron 300 hombres de guarnición, integrados en tres compañías mandadas respectivamente por Cosme Covarsí, Manuel Vallés y el comandante retirado José Marcoval, el jefe más importante que quedaba en tierras valencianas. Con ellos quedó el joven cabo Cabrera, en quien el comandante carlista observó ciertas cualidades que le llevaron a tenerle por uno de sus hombres de confianza.

## *2. Represión de la insurrección. La dispersión de las partidas*

Los fugitivos de Morella, al no poder internarse en el Maestrazgo castellonense, optaron por buscar refugio en territorio aragonés. Sin embargo, poco después fueron batidos en Calanda, lo que hizo que muchos se acogieran a indulto y otros se escondieran por los montes.

El día 9 de diciembre, las tres compañías que constituían la guarnición remanente en Morella evacuaron la ciudad.

La continua persecución de las tropas isabelinas no daba tregua y se cobraba continuas bajas entre los carlistas. Apenas llegaban a 300 hombres los que hicieron frente a aquellos primeros reveses. Se hacía preciso proceder a la elección de un jefe, en ausencia del barón de Hervés y del coronel Victoria, fugitivos y ocultos desde el encuentro de Calanda. En Vistabella,

una votación secreta llevada a cabo entre los jefes, en la que el sargento Cabrera ofició de secretario para el escrutinio, elevó a comandante general de los carlistas del Maestrazgo a Juan Marcoval. En realidad, comandante de los carlistas valencianos, ya que la sucesión efectiva del barón de Hervés la tenía Carnicer.

La elección de Marcoval causó disgusto a otros jefes que pretendían el mando. Una intervención decisiva de Cabrera evitó la ruptura entre los jefes del carlismo valenciano, dando origen a su incipiente prestigio y siendo nombrado en el acto subteniente de infantería en comisión.

A últimos de diciembre de 1833, sólo quedaban de los sublevados de Morella pequeños grupos de seis o siete hombres y jefes, ocultos en las cuevas o en las masías del país, acosados por las patrullas del ejército cristino, e indefensos ante los rigores del invierno.

El año 1834 no empezaba con mejores augurios que el que concluía, produciéndose nuevas bajas en cada choque con las columnas cristinas.

Marcoval y sus hombres, entre los que se encontraba Cabrera, ascendido ya a teniente, permanecieron en el barranco de Vallivana durante el mes de enero. Cabrera recorría los pueblos al frente de una pequeña partida de nueve hombres en busca de reclutas para organizar un batallón con el que pudiera operar la primavera siguiente, así como para recaudar dinero y alimentos. A las dos semanas Cabrera había conseguido reclutar 135 hombres, muchos de ellos procedentes de la dispersión de Calanda. La mayor parte carecía de armas. Cabrera empezaba entonces a sonar como *El Estudiante de Tortosa*.

Carnicer era el jefe de mayor prestigio, tanto por sus conocimientos militares como por haber sido el precursor del alzamiento. Para tratar sobre las acciones a adoptar, envió confidentes a los demás jefes a los que pudo localizar, invitándoles a reunirse en un día determinado. A la cita pudieron acudir veintiún jefes. Después de haber manifestado cada uno su opinión, acordaron enviar una comunicación a Zumalacárregui, no sólo para exponerle el estado en que se encontraban los carlistas, sino para que les diese instrucciones y obtener de Don Carlos autorización para poder premiar el mérito y el valor, así como poder aplicar castigos a quien lo mereciese<sup>3</sup>.

La emboscada preparada en el barranco de Vallivana en el mes de febrero permitió a los liberales hacer presos a Marcoval, Soto y Covarsí, que fueron pasados por las armas. Antes habían sufrido la misma suerte el barón de Hervés y el coronel Victoria, Sáforas, Borrás y demás infortunados compañeros.

<sup>3</sup> Exposición de los carlistas aragoneses y valencianos, firmada por Carnicer y sus oficiales, entre ellos Cabrera, recogida en M. FERRER, D. TEJERA y J. ACEDO: *Historia del Tradicionalismo español*. Editorial Católica Española, S.A. Sevilla, 1941-1947, Tomo V, documento anexo n.º 18.

El 27 de febrero de 1834 fracasa en Zaragoza el intento de alzamiento carlista dirigido por los tenientes generales conde de Villemur y Blas Fournas –capitán general de Aragón hasta septiembre de 1832, que mantenía contactos desde Francia con los carlistas zaragozanos–, así como el brigadier Lampérez. Villemur logró fugarse y luego unirse a los carlistas de Navarra, mientras que Lampérez fue hecho prisionero.

Las noticias que se recibían causaban tremendo desaliento en los voluntarios carlistas. Muchos valencianos y aragoneses abandonaban para pedir indulto.

Cabrera se vio obligado a pasar a Aragón, pero el antiguo seminarista no era hombre que se arredrase fácilmente. Siguiendo órdenes de Carnicer con el fin de reclutar nuevos voluntarios, recorrió los pueblos de Teruel, logrando reunir hasta 140 voluntarios.

A principios de marzo, tuvo lugar una nueva junta general de los jefes carlistas, convocada por Carnicer para dar a conocer las instrucciones recibidas de Zumalacárregui. En ellas, se disponía el nombramiento de Manuel Carnicer como comandante general de Aragón; de José Mestre como comandante del Maestrazgo; y de José Torner como comandante de los carlistas de la derecha del Ebro. Junto a ello, se daba orden de que cada partida permaneciera al mando del jefe que las reclutara, si bien prestándose ayuda mutua cuando fuera preciso, y permaneciendo todos sujetos a los comandantes que se nombraban. Cabrera, segundo de Carnicer y hombre de su plena confianza, empezó pronto a convertirse en el líder natural de las partidas aragonesas, que reconocían su liderazgo y arrojo en los combates.

Durante los siguientes meses los carlistas sufrieron distintos choques con las fuerzas cristinas, que se tradujeron en completas derrotas, como en Mayals, o en pequeñas victorias, incapaces de cambiar el signo que iba tomando el levantamiento.

En octubre de 1834 la situación del carlismo valenciano, aragonés y tortosino era francamente apurada, fruto de la implacable persecución de la que eran objeto las partidas y de la pérdida de algunos de sus más destacados jefes, capturados y pasados por las armas sin piedad.

Cabrera ignoraba el paradero de Carnicer y los demás jefes carlistas, y se veía sin recursos, en medio de un país yermo y desolado, acosado sin cesar por las columnas de la reina. En tal situación, tomó la resolución de presentarse en el Cuartel Real y exponer personalmente al rey, si le era posible, la situación de sus partidarios levantinos, y lo que a su juicio debería hacerse.

El 10 de febrero Cabrera y el comandante García fueron recibidos por el conde de la Penne Villemur, ministro de la guerra del pretendiente, que

se encontraba en Zúñiga (Navarra). Al día siguiente, Cabrera y su acompañante García fueron recibidos por el rey, al que pusieron puntualmente al corriente de la situación de sus partidarios levantinos. Al reemprender la marcha el 18 de febrero, habían logrado que la situación en el Maestrazgo y el Bajo Aragón fueran ahora conocidos en el Cuartel Real, por el Rey, por Villemur y, probablemente, por el propio Zumalacárregui, en su calidad de jefe del Estado Mayor General de Carlos V.

A su vuelta de Navarra y debido a las precauciones que las partidas tomaban para ocultar su paradero, Cabrera no pudo encontrar a Carnicer hasta el 8 de marzo, entregándole los pliegos del Cuartel Real, que le ordenaban dejar el mando al jefe de más graduación, y presentarse en Navarra a recibir sus soberanas instrucciones.

El día siguiente se verificó el reconocimiento de Cabrera como jefe accidental de todas las fuerzas que operan en el Bajo Aragón y confines de Valencia y Cataluña.<sup>4</sup>



**Figura 2: Ramón Cabrera Griñó, según un dibujo del natural realizado por Luís López Piquer**

<sup>4</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*. Imprenta y fundición de D. Eusebio Aguado. Madrid, 1844, Tomo I, documento n.º 15.

Emprendido su viaje a Navarra atravesando territorio enemigo, Carnicer fue reconocido y hecho prisionero al llegar al puente de Miranda para intentar pasar el río Ebro. Cuatro días después, el 6 de abril, fue fusilado por la espalda en el propio Miranda de Ebro, con gran sentimiento de cuantos le conocían. La pérdida del que hasta entonces era el principal jefe de los carlistas de Aragón y Valencia, juntamente con la eliminación de otros jefes de partida a manos de las tropas cristinas, marcaría el ascenso de Cabrera hasta convertirle, como se haría patente en los meses siguientes, en el caudillo indiscutible del carlismo levantino.

Poco a poco, la guerra que empezó por una cuestión dinástica, se enardeció por los principios políticos y tomó después el carácter de religiosa, por los desmanes del populacho y por la condescendencia de los que dirigían el timón del Estado, cuando no su declarada complicidad con la Revolución en curso.

Los avances de la Revolución favorecían paradójicamente los avances del carlismo. Las partidas carlistas aumentaron considerablemente por los desaciertos del partido liberal, que no respetaba lo más sagrado que tenía la nación. Como gráficamente dice un historiador liberal, «la lava del volcán se había derramado desde las alturas que enciman la Plana de Castellón por el llano de Villarreal y Torreblanca y sobre el propio camino real, había entrado en la huerta de Valencia, y cruzando el río Júcar había llegado hasta Albaida, en la provincia de Alicante»<sup>5</sup>.

### 3. *El afianzamiento de los carlistas y el endurecimiento de la guerra*

La pérdida del control efectivo sobre buena parte del Maestrazgo y el Bajo Aragón se hizo patente hasta para las propias autoridades cristinas encargadas por la seguridad de estos territorios<sup>6</sup>. La consecuencia fue la pérdida de confianza de los ayuntamientos en que el gobierno fuera capaz de defenderles, lo que hizo que muchos de ellos empezaran a ayudar también a los carlistas. Otro signo del creciente poder carlista fue el incremento de las deserciones procedentes del ejército cristino, que venía a sumarse como síntoma a la escasa capacidad de reclutamiento de la Milicia Nacional en los pueblos afectados por la guerra.

<sup>5</sup> SAN ROMÁN, Marqués de: *Guerra Civil de 1833 a 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del general Oraá (1837-1838)*, 2 volúmenes. Imprenta y fundición de M. Tello. Madrid, 1884 y 1896, Tomo I, p. 23.

<sup>6</sup> Así, por ejemplo, en el Oficio del capitán general de Aragón, Antonio María Álvarez, al brigadier Noguera, comandante general del Bajo Aragón, fechado en Zaragoza el 14 de mayo de 1835. Archivo de la Real Academia de la Historia 9/6828.

El 11 de noviembre de 1835 el Cuartel Real comunicó a Cabrera su nombramiento como segundo comandante general interino del Bajo Aragón<sup>7</sup> y, con la misma fecha, a José Miralles *El Serrador* el de comandante del Maestrazgo y Valencia. Torner obraba con una cierta autonomía en el corregimiento de Tortosa y derecha del Ebro. Sin embargo, por encima de los reconocimientos oficiales, cada día se hacía más patente en los hechos la supremacía de quien por su innato genio militar, su arrojo en el combate y su capacidad de organización, destacaba entre todos los jefes del carlismo levantino.

A partir de ese momento la suerte de la guerra en Levante sería otra. Cabrera sistematizaría las bases del conflicto y les daría dimensión en un esfuerzo por hacer de las partidas de guerrilleros carlistas un ejército organizado y dotarle de una infraestructura administrativa, de una hacienda y de unos órganos de gobierno.



**Figura 3: José Miralles, alias «El Serrador», nombrado jefe de los carlistas del Maestrazgo y Valencia**

<sup>7</sup> Texto del comunicado recogido en OYARZUN, Román: *Vida de Ramón Cabrera y las guerras carlistas*. Editorial Aedos. Barcelona, 1961, p. 35.

En el plano militar, el objetivo de Cabrera era el que sus tropas fueran reconocidas como un verdadero ejército, que combatía por la causa de un rey al que respaldaba la legitimidad sucesoria, y que por tanto era tanto o más digno de consideración que el ejército que luchaba por Isabel II.

Cabrera pone en marcha unas dotes de organizador que hasta entonces habían estado inéditas, y en las que mostró un talento fuera de lo común. A cada división le asignó un recaudador o depositario, constituyendo así la base de la Administración o Hacienda militar, encargada de pagar sueldos y soldadas. Junto a los salarios, se estableció la organización de las raciones y del vestuario de las tropas, hasta entonces ataviadas de manera anárquica, en los más de los casos con las propias prendas cogidas al enemigo o con el vestuario característico de los paisanos del lugar. En cuanto a las municiones, otra de las necesidades que escaseaban, Cabrera decidió crear en el interior de los Puertos una fábrica de munición y un taller de recomposición de armas. Para el cuidado de los heridos y enfermos, potenció la sanidad militar creando un verdadero hospital en el monasterio de Benifazar, convirtiéndolo en el núcleo de lo que sería la notable organización sanitaria que tendría, con el tiempo, el Ejército Real de Aragón y Valencia.

Cabrera estaba en todos los detalles, controlándolo todo personalmente y enfureciendo cuando algo no salía como él lo había previsto. Así, con su experiencia desde el comienzo de la guerra, Cabrera estableció las bases de un ejército regular, con su administración militar y servicios auxiliares, que le permitirían llevar a cabo su plan de acción. La administración civil aún no se inició, y no lo hará hasta que los carlistas no empiecen a dominar, de manera estable, partes crecientes del territorio en el que operaban.

Un incidente habría de tener un profundo impacto sobre el curso de la guerra. María Griñó, la madre de Cabrera, junto con sus hermanas, habían sido encarceladas como rehenes por el general Colubi el 9 de Julio 1834, cuando aún Cabrera no era más que un desconocido oficial a las órdenes de Carnicer, permaneciendo desde entonces en los calabozos de los cuarteles de Tortosa. El 7 de febrero de 1836, el gobernador militar de Alcañiz informó al comandante general del Bajo Aragón, el brigadier Noguerras, del fusilamiento de unos alcaldes por parte de Cabrera por haber pasado información al enemigo. Al recibir la noticia, Noguerras ordenó «fusilar a la madre del rebelde Cabrera, dándole publicidad en todo el distrito, prendiendo además a sus hermanos o hermanas, para que sigan igual suerte si el sigue asesinando inocentes», decisión que pide se haga extensiva a las familias de los demás jefes carlistas «debiendo V.S mandar fusilar a las mujeres, padres o madres de los cabecillas de Aragón, que cometan iguales atentados que el feroz Cabrera»<sup>8</sup>. La orden fue refrendada por general Espoz, capitán general de Cataluña.

<sup>8</sup> FERRER, M.; TEJERA, D. y ACEDO, J.F.: op. cit., Tomo XI, documento n.º 17.

El 16 de febrero de 1836, María Griñó fue fusilada en la barbacana del fuerte de Tortosa sin siquiera darle opción de recibir los últimos sacramentos, en un acto de vileza que por la generalidad fue reprobada con indignación. Los parlamentos francés e inglés denunciaron el hecho y el carácter sanguinario que tenía la guerra civil española<sup>9</sup>.

El historiador y político liberal Nicomedes-Pastor Díaz, supo valorar la injusticia y trascendencia de aquella vileza: «La sangre de un solo inocente así derramada, una tan bárbara y tan atroz injusticia como el horrible hecho que referimos, mancha un partido, ensangrienta más una causa que la mortandad de cien combates... Desde aquel momento, Cabrera quedaba disculpado de todos sus horrores. El vértigo, el frenesí de matanza que le acometió, no podía justificarse jamás, pero se explicaba y se comprendía. Muchas veces hemos temblado al discurrir que en circunstancias semejantes hubiéramos podido ser monstruos también. Nos hemos aterrado, cuando después de la sangrienta relación de los horrores cometidos en Aragón y Valencia, escuchábamos de boca de alguna persona pacífica y de condición suave, estas palabras terribles: Yo hubiera hecho más si hubieran fusilado a mi madre»<sup>10</sup>.

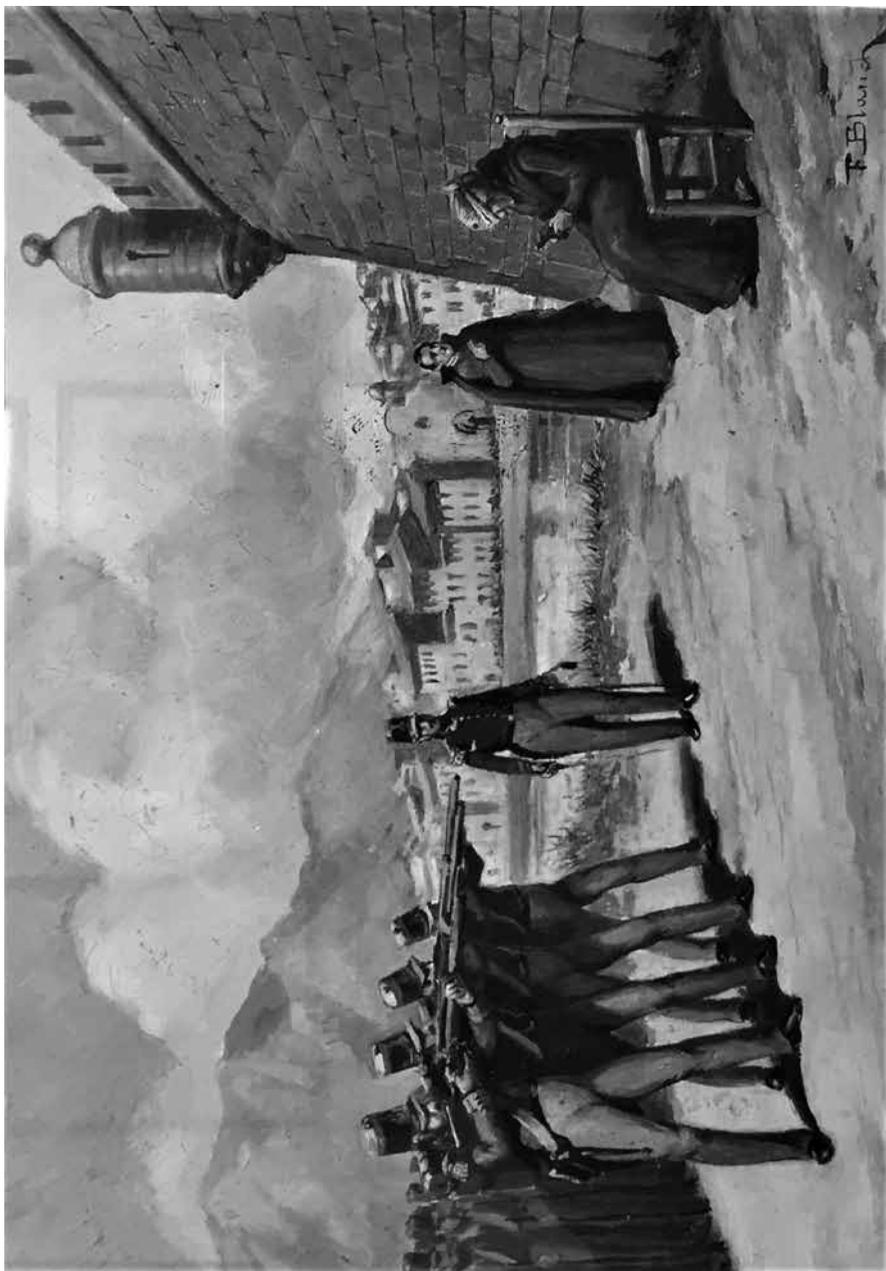
Cabrera no recibió la noticia del fusilamiento de su madre hasta el final del día 20 de febrero, estando en Valderrobres. Al conocer los hechos y abrumado por la terrible injusticia, no pudo contener el deseo de venganza contra los monstruos capaces de matar a su madre anciana y desvalida. Convencido de la necesidad de no dejar impune un acto semejante de crueldad, y sediento de vengar la injusticia cometida con su pobre madre, dictó a su secretario un bando terrible, como él mismo lo califica. En él declara traidores y dispone el fusilamiento de todos los individuos que se hagan prisioneros en lo sucesivo, así como que sean pasadas por las armas Doña María Roqui, esposa del coronel Fontiveros, comandante de armas de Chelva, que fue aprehendida en el ataque a la citada población, así como de Cinta Foz, Francisca Urquizu, y Mariana Guardia, familiares de guardias urbanos de Beceite, que le acompañaban como rehenes, precisamente para evitar medidas contra su madre y hermanas, así como otras treinta personas<sup>11</sup>.

Cabrera tomó esta decisión creyéndola su deber, cegado por la ira y para demostrar al mundo entero que no aceptarían crímenes semejantes de

<sup>9</sup> Carta de 7 de marzo de 1836 de G. Villiers a Lord Palmerston. BULLEN, Roger y STRONG, Felicity: *Palmerston. I: Private correspondence with Sir George Villiers (afterwards fourth Earl of Clarendon) as Minister to Spain 1833-1837*. Her Majesty's Stationery Office. London, 1985, p. 388.

<sup>10</sup> DÍAZ, Nicomedes-Pastor: «Biografía de Don Ramón Cabrera», en *Obras*, Tomo V. Imprenta de Manuel Tello. Madrid, 1968, p. 289.

<sup>11</sup> Texto del *Bando* en ROMÁN OYARZUN: op. cit., pp. 45 y 46.



**Figura 4:** *Fusilamiento de la madre de Cabrera*, según grisalla de F. Blanch. Museo Carlista de Madrid

forma impune, a pesar de la repugnancia que le produciría dar la orden de ejecutar a unas mujeres a las que sabía inocentes, a las que siempre había tratado con toda consideración, que con frecuencia le habían acompañado a la mesa desde que estaban en su poder. En el caso de Cinta Foz, que sólo tenía 18 años se dice que Cabrera había llegado a coquetear con ella e incluso que muchos creían que pensaban casarse<sup>12</sup>.

El 16 de marzo de 1836, casi un mes después de los hechos, el atribulado coronel retirado Fontiveros escribió una carta a Isabel II en la que, doliéndose de las víctimas inocentes causadas por tanta injusticia, pedía que se procesase y juzgase al brigadier Noguerras y al general Espoz y Mina, como responsables últimos de la muerte de su mujer<sup>13</sup>.

El fusilamiento de la madre de Cabrera marca un punto de inflexión en la guerra. A partir de ese momento la misma conocerá un endurecimiento sin precedentes, que la convertirán en guerra cruel y sanguinaria<sup>14</sup>.

Con fecha 8 de febrero, Cabrera recibió la Orden Real, firmada por el conde de Villemur ascendiéndole al empleo de brigadier de Infantería<sup>15</sup>.

Poco a poco, Cabrera ensanchaba el círculo de sus operaciones, aprovechando la insuficiencia de tropas cristinas para atender al mismo tiempo la guerra en el Norte, las guarniciones en las ciudades que amenazaban revueltas y los muchos puntos en los que las tropas realistas reclamaban su atención.

<sup>12</sup> Algunas fuentes señalan a Francisca Urquizu en lugar de Cinta Foz como la joven en quien Cabrera había fijado su atención. Al parecer de las tres mujeres, dos eran solteras y jóvenes, mientras que la tercera era más mayor. En las fuentes existe una gran disparidad incluso en el apellido de estas mujeres, que, salvo Mariana Guardia, conocen todo tipo de variantes, probablemente debidas a la originalidad y pronunciación de la lengua hablada en Beceite y los pueblos de la cuenca del Matarraña.

<sup>13</sup> CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Cabrera y de la Guerra Civil en Aragón, Valencia y Murcia*. Establecimiento Tipográfico de D. Vicente Castelló. Madrid, 1845, pp. 183 y 184.

<sup>14</sup> Cabello, Santa Cruz y Temprado, que no pueden considerarse fuentes fiables por su manifiesto sectarismo, llegan a imputar a Cabrera el fusilamiento de 975 personas a lo largo de los siete años que duró la guerra. Ver CABELLO, F.; SANTA CRUZ, F. y TEMPRADO, R.M.: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*. Imprenta del Colegio de Sordomudos. Madrid, 1845, Tomo II, pp. 193 a 195. Las cifras resultan prácticamente imposibles de cotejar, y no tienen en cuenta los innumerables carlistas que fueron fusilados por orden de los jefes del ejército liberal, en lo que fue una guerra implacable y sanguinaria por los dos bandos. Por mencionar sólo algunos de los jefes carlistas, mencionados por los mismos autores unas páginas más adelante –pp. 220 y 221– el barón de Hervés fue fusilado en Teruel; Carlos Vitoria en Lucena; Carnicer en Miranda de Ebro; el brigadier Tena en Lahoz; Magraner en Játiva; el Guerrista y Papaceite en La Galera; Cordero en Daroca; Jover en Lidón; García y Lerin en Quinto; Tallada en Chinchilla; el comandante Tena en Singra; Torner y Mombiola en Jaca; Peinado y Peret del Riu en Valencia; Vicente Perciva en Peñíscola; el Serrador y La Coba en Benasal –después de concluida la guerra–; Bosque en Zaragoza...

<sup>15</sup> Orden con el nombramiento recogido en OYARZUN, Ramón: op. cit., p. 48.

Nunca satisfecho con las ventajas presentes, sino alimentado permanentemente de grandes proyectos, Cabrera sólo pensaba en los trabajos de organización, en medios de allegar recursos, de aumentar y de armar a su ejército. A cada paso iban agrandándose sus miras. Las facciones de Aragón y Valencia no eran ya columnas sueltas; eran divisiones de su ejército.

En el mes de abril de 1836 un confidente le avisó de la pretensión del Gobierno de fortificar Cantavieja<sup>16</sup>. Esta noticia le hizo acelerar sus planes, largamente considerados, de contar con una plaza fuerte que le sirviera de centro de operaciones. Ante la precipitación de los acontecimientos, Cabrera decidió la fortificación urgente de Cantavieja, antes de que algún jefe cristino se anticipara.

Necesitaba una plaza donde pudiera llevarse a cabo la instrucción de los numerosos nuevos reclutas que se le agregaban, se dispusiera de hospitales, depósito de víveres, fábricas de pólvora y otros aspectos de la intendencia de un ejército que empezaba a ser numeroso y a disponer de un cierto grado de organización.

A diferencia de Zumalacárregui en el Norte, Cabrera no tuvo en dos años una fortaleza en que abrigarse, ni una población considerable en que guarecerse. Cuando la tuvo, se enseñoreó de un vasto territorio; fundó, por así decirlo, un estado y una capital, y extendió en derredor suyo líneas de defensa y fortificación.

Cabrera tenía a Morella en sus pensamientos, porque era la llave y ciudadela natural del Maestrazgo, que constituía el centro de sus operaciones. A su conquista se dirigieron todos sus planes y tentativas. Alternativamente Peñíscola o su Tortosa natal eran las otras plazas fuertes que soñaba, pero ninguna de ellas era empresa fácil y las conspiraciones alentadas para su rendición no habían tenido éxito. Sin perderlas nunca de vista, no quiso perder el tiempo, y optó por planes alternativos menos difíciles, y Cantavieja reunía condiciones favorables.

En quince días los planes del tortosino eran ya una realidad y Cantavieja se convertía en capital del Maestrazgo carlista.

Cabrera, al tiempo que luchaba, implantaba una hacienda rudimentaria y un conato de estado, con cierta unidad y centralización en su administración. Esta característica le dio gran respeto por parte de sus voluntarios, que sabían que nada les faltaría mientras él se encontrara a su frente.

<sup>16</sup> Cantavieja había dispuesto de comandante de armas y una guarnición del ejército, pequeña pero suficiente para disuadir a los carlistas de atacarla. Sin embargo, fue abandonada el 22 de agosto de 1835 por una orden de las autoridades militares cristinas, con lo que cuando Cabrera decidió apoderarse de ella la plaza estaba completamente indefensa.

Cabrera recorría todo el país comprendido entre el mar, el Ebro y el Guadalupe y el río Mijares, en un territorio que abarcaba las provincias de Teruel, Castellón, parte de la de Valencia, los confines de la de Tarragona y el este de la de Cuenca, en una circunferencia de unas cien leguas.

Él era la inteligencia que presidía todo, la voluntad a que obedecían aquellas masas. Él era el que las creaba, las alimentaba. Su eterno pensamiento era proveer a su subsistencia. El saqueo de las poblaciones ricas, el merodeo por los campos, eran sus contribuciones. Los alcaldes, por adhesión sincera o por temor, eran sus intendentes y sus celosos comisarios<sup>17</sup>.

Mientras se ocupaba de todo ello y con el fin de poder acabar la fortificación de Cantavieja y completar la intendencia, dio orden a sus lugartenientes de que llamaran la atención de las columnas liberales en distintos puntos alejados de la plaza.

Los triunfos y progresos de los carlistas en esta época motivaron reiteradas solicitudes de refuerzos militares por parte de distintas instancias de Aragón y Valencia, tanto civiles como militares. La Diputación de Castellón pedía al gobierno que salvara a aquella provincia antes de que se convirtiera en otra Navarra, y el capitán general de Valencia informaba el 4 de junio sobre el gran incremento que cobraban los carlistas y el riesgo de que aumentaran más, solicitando se enviaran más efectivos.

Por esos días la columna de José Miralles *El Serrador* hostigó Castellón, realizó una tentativa sobre Benicarló y rindió los fuertes de Alcalá de Xivert y Torreblanca. Con ello los carlistas protegían sus comunicaciones, ampliaban su radio de acción a las poblaciones del litoral, acopiando abundantes recursos, evitaban que las fuerzas de la reina dieran abasto para atender tantos puntos a los que debían acudir y ponían de manifiesto al país que habían pasado a tomar la iniciativa.

La aparente inacción de Cabrera recluido en Cantavieja hacía sospechar a las autoridades liberales que algo tramaba. Los temores se concentraban en Morella, donde el gobernador recelaba de que la guarnición pudiera estar confabulada con el enemigo.

En efecto, Cabrera tenía su mirada puesta en la capital de los Puertos, aunque no eran estos sus únicos planes, consistentes igualmente en fatigar a las tropas de la reina con marchas y contramarchas, poner a Cantavieja en las mejores condiciones para su defensa, y junto a ello, caer sobre los pueblos fortificados de la ribera valenciana para proveerse de víveres, caballos y recursos que necesitaba.

<sup>17</sup> VON GOEBEN, Augusto: *Cuatro años en España*. Institución Príncipe de Viana. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1966, p. 249.

Cabrera seguía su táctica de atacar los fuertes y de que las unidades de *El Serrador*, Quílez y otros jefes carlistas hostigaran a las tropas gubernamentales en distintos puntos del territorio.

La estrategia de atacar en puntos muy dispersos daba abundantes frutos, al resultar imposible al ejército liberal acudir al mismo tiempo a todos los lugares donde las guarniciones de los fuertes le requerían. Ello producía el abandono de algunas de las mencionadas guarniciones, así como la desmoralización de los fieles al gobierno. Con todo ello los voluntarios carlistas ganaban, además, en experiencia y espíritu militar, como señalan los testimonios de los propios partes liberales de aquellos días<sup>18</sup>.

En oposición a la situación del bando cristino, Cabrera afianzaba cada vez más la organización de su ejército y podía presumir de un creciente control del territorio. Todas estas medidas produjeron un aumento del número de sus voluntarios.

En estos días recibió Cabrera el despacho de su ascenso a mariscal de campo, firmado por el Rey en Oñate con fecha 15 de agosto<sup>19</sup>

#### 4. *Con la expedición de Gómez*

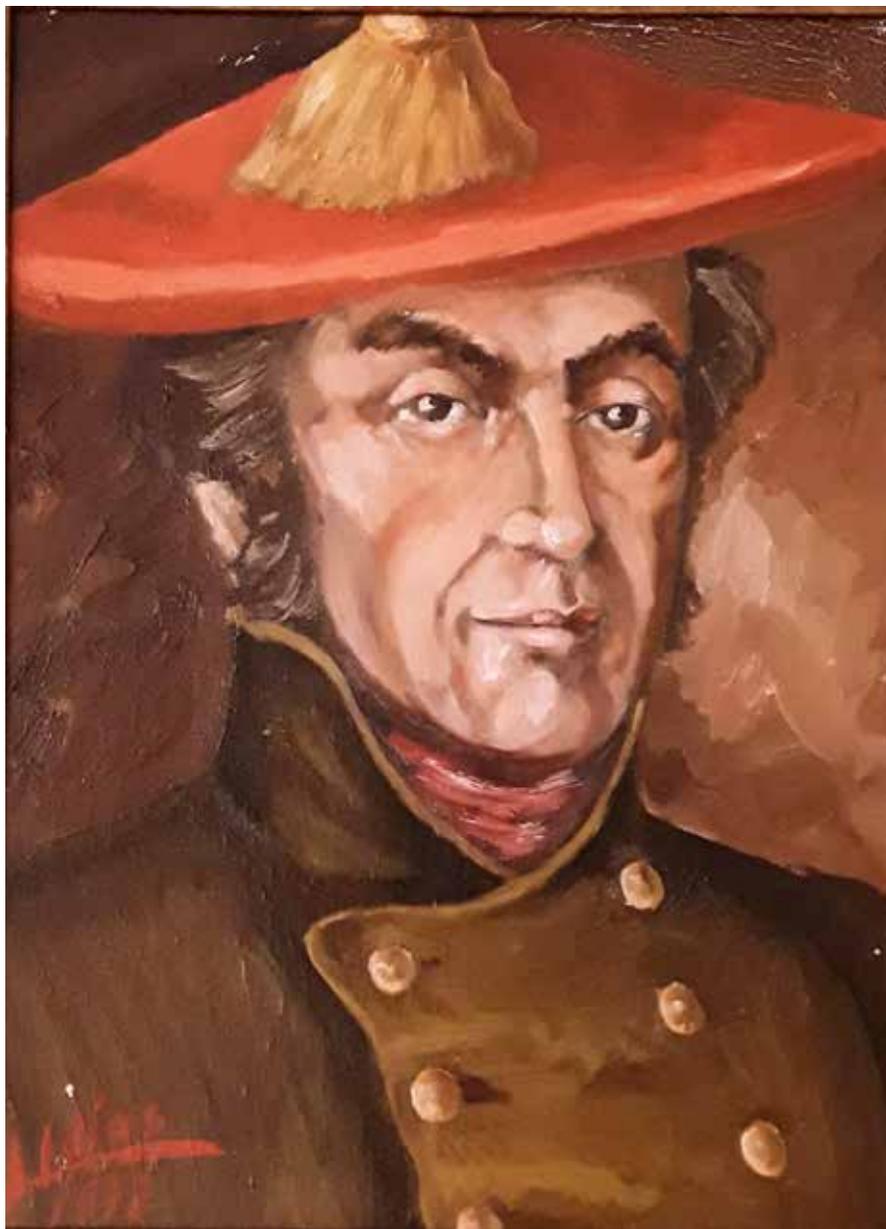
Cumpliendo órdenes de Don Carlos y del general Villarreal y con el fin de extender la guerra a Asturias y Galicia, el 23 de junio había salido de Navarra el brigadier Miguel Gómez y Damas, al frente de 2.700 infantes y 180 jinetes.

Tras marchar por Asturias y Galicia, Gómez pasó a las provincias de León, Palencia y Burgos, desde donde intentó regresar a Vizcaya, pero el gran número de prisioneros que llevaba consigo y el continuo acoso de las tropas cristinas dificultaba sus movimientos. Convencido de la imposibilidad de tener éxito en su propósito, decidió cambiar de planes y llevar la guerra al interior de la Península, para lo que optó por dirigirse hacia el Este para entrar en contacto con las fuerzas carlistas de Aragón, dirigiéndose hacia Cantavieja, para depositar allí sus prisioneros, para lo que mandó oficios a los comandantes del carlismo levantino.

Reunido con el general Gómez, Cabrera decidió unirse a los planes del general expedicionario de dirigirse contra la capital. En efecto, el 7 de septiembre la expedición de Gómez llegó a Utiel, pueblo de la provincia de Cuenca limítrofe con el Reino de Valencia, donde Cabrera y sus tropas

<sup>18</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo II, p. 75.

<sup>19</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo II, nota 29.



**Figura 5:** *Retrato al óleo del general Gómez, firma ilegible. Museo Carlista de Madrid*

se le reunieron el día 12, después de dar las órdenes correspondientes para lo que habían de hacer en su ausencia en Aragón y tierra de Tortosa<sup>20</sup>.

La intención era hacer una incursión en la Mancha, y amenazar a Madrid, y aún atacarla si el estado de su defensa lo permitía<sup>21</sup>. Sin embargo, los distintos descalabros que experimentó la expedición en su recorrido, llevaron al general Gómez en La Mancha a desistir de su propósito de marchar sobre Madrid, internándose a cambio en Andalucía y luego Extremadura.

Cabrera, preocupado por la situación en Aragón, cuya defensa le correspondía como comandante general que era de ese territorio, y en desacuerdo con la estrategia errática de Gómez, deseaba regresar a Aragón con la división aragonesa que mandaba y con la valenciana de Miralles.

Estando en la capital extremeña, el día 2 de noviembre llegaron noticias sobre el riesgo inminente que sufría Cantavieja, sometida ya al fuego liberal. A pesar de la distancia a la que se encontraba, Cabrera tomó la decisión de acudir en su defensa como comandante general de Aragón que era. Pidió a Gómez alguna fuerza de Caballería que le acompañase, y con los hombres de José Miralles *El Serrador*, que quiso acompañarle voluntariamente, y sus ordenanzas y ayudantes, se separó de la expedición el 5 de noviembre.

### 5. Regreso al Maestrazgo

Tras abandonar en Cáceres la expedición, caminando día y noche sin interrupción y ayudado por numerosos voluntarios a su paso, Cabrera y sus mermadas tropas atravesaron las líneas enemigas, resultando el tortosino herido en Arévalo de la Sierra el 2 de diciembre al ser sorprendido por la columna del brigadier Albuin.

Cabrera –que en ese mes de diciembre cumplía treinta años– permaneció escondido en casa del párroco de Almazán, tomándose todas las precauciones para no ser descubierto. Todo tipo de rumores corrieron sobre su

<sup>20</sup> Según VON GOEBEN: op. cit., p. 86, los efectivos levantinos unidos a la expedición de Gómez ascendieron a 3.400 hombres de Infantería y 400 caballos.

<sup>21</sup> DELGADO, José María: *Memorias militares del general D. Miguel Gómez y Damas. Expedición carlista por España en 1836*. Imprenta de El Correo Español. Madrid, 1914, pp. 29 y 30. Según comenta Buenaventura de Córdoba en su biografía de Cabrera, éste tomó notas durante su participación en la expedición de Gómez. Sin embargo, las perdió entre sus papeles, por lo que su biógrafo, al no disponer en esta ocasión de documentos del propio general, echó mano para narrar estos acontecimientos del relato de la expedición escrito por el comandante José María Delgado, que formó parte de la misma, contando para ello con el consentimiento del mismo Cabrera. (CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo II, p. 91)

paradero, desde los que le daban por muerto a los que le señalaban fugitivo entre los montes. Al parecer, algunos individuos del propio ayuntamiento pudieron estar implicados en la ocultación del jefe carlista<sup>22</sup>.

Durante la prolongada ausencia de Cabrera, el desaliento empezó a cundir entre los partidarios de Don Carlos de Aragón, Valencia y Murcia, y el entusiasmo realista de las poblaciones parecía apagarse al ritmo de algunos episodios en que las armas carlistas no salieron bien paradas. Así acabó el año, con el jefe interino Arévalo asegurando, entre el escepticismo de muchos, que Cabrera vivía y pronto regresaría, y las divisiones marchando a ocupar los puntos del territorio que tenían asignados.

Por fin, el día 8 de enero Cabrera pudo reunirse en Aliaga con sus tropas y el leal Arévalo le entregó el mando. La recepción a Cabrera por parte de sus voluntarios se produjo entre vítores y aclamaciones.

De vuelta a su posición al frente de su ejército, Cabrera se puso por menorizadamente al día en todo lo referente a la situación militar y administrativa en que éste se encontraba, poco lisonjera, por cierto. La disciplina y la organización, el estado moral y el económico, todo se había resentido de la falta de unidad a raíz de su ausencia.

Para ayudar a recuperar el ánimo y la organización, Cabrera dictó distintas disposiciones: mandó dar tres días de paga a los voluntarios, media paga a los subalternos y un tercio a jefes y oficiales; revisó la hacienda militar y rebajó las contribuciones de los pueblos como agradecimiento a los sacrificios que realizaban.

El regreso del caudillo carlista devolvió rápidamente la moral a su estado anterior, obteniendo distintos triunfos a lo largo de todo el primer trimestre de 1837. Los carlistas, envalentonados de nuevo, atacaban los fuertes de pueblos situados en lugares distantes, que, si bien tenían nulo valor estratégico, les servía para suministrarse armas y recursos, para enseñorearse del territorio y para reducir la eficacia de las columnas liberales, que no daban abasto para atender a todos los puntos.

Cabrera se disponía a aumentar las preocupaciones del abatido ejército cristino, y a demostrar al gobierno y al mundo que el carlismo en el Maestrazgo y en Aragón era más fuerte de lo que se había subestimado hasta entonces, empezando por la reconquista de Cantavieja, llevada a cabo en un golpe de audacia de los carlistas el 25 de abril, y la entrada en San Mateo pocos días después.

<sup>22</sup> Así se deriva de la causa que se formó a raíz del descubrimiento del escondrijo de Cabrera, tal y como se refleja en el *Libro de Actas de la Diputación de 1837*, sesión de 9 de febrero, conservado en el Archivo de la Diputación Provincial de Soria. El Ayuntamiento de Almazán fue destituido como consecuencia de los mencionados indicios.

Los planes de Cabrera se fijaron como objetivo inmediato atacar Gandesa –propósito en el que volvió a fracasar– e invadir la huerta de Valencia simultáneamente, para dividir las fuerzas del enemigo.

### *6. En la vanguardia de la Expedición Real*

Entretanto, en el ejército carlista del Norte tenían lugar decisiones importantes. El 15 de mayo se puso en marcha en Estella el gran cuerpo expedicionario, al mando del infante Don Sebastián Gabriel y a cuyo frente marchaba el propio Don Carlos en persona, por lo que se conoció con el nombre de la Expedición Real.

Las fuerzas carlistas estaban integradas por 16 batallones, 10 escuadrones y dos piezas de artillería. El general Vicente González Moreno era el jefe de Estado Mayor del ejército expedicionario, en el que marchaban, además de las tropas, una parafernalia compuesta por el cuartel real al completo, con los ministros, empleados y dignatarios, eclesiásticos y numeroso séquito de criados y equipajes.

La salida a mediados de julio de otra expedición hacia tierras de Castilla, mandada por el general Zaratiegui distrajo la atención del ejército del Norte mandado por Espartero, que fue requerido por el gobierno para socorrer a la capital amenazada, permitiendo a las tropas de la Expedición Real salir del cerco en que estaban contenidas en el territorio vasco-navarro.

La noticia de la expedición del pretendiente llenó de inquietud los ánimos del ejército liberal del Centro y de su comandante en jefe, conscientes de que se aproximaban momentos quizás decisivos para el final de la guerra en uno u otro sentido.

La Expedición Real se dirigió hacia Cataluña y Aragón, donde Don Carlos contaba con muchos adeptos, que le permitirían demostrar su apoyo popular, y valiosas tropas para engrosar la Expedición antes de marchar hacia Madrid, que estaría desguarnecido a su llegada.

La principal preocupación del general Oraá era impedir que la expedición pasase el río Cinca, o que intentaran atravesar el Ebro más abajo de Zaragoza. Si lograban reunirse con Cabrera, podrían acometer objetivos que antes no hubieran sido posibles, pero que ahora constituían una amenaza real. Con el fin de impedir ambas posibilidades, y puesto que de Zaragoza hasta Tortosa no existía ningún puente sobre el Ebro, salvo puentes de barcas, mandó hundir todas las que había en el Cinca, quedando sólo en el Ebro las barcas de Caspe, bajo la custodia de la guarnición del fuerte de esta localidad.



**Figura 6: Grabado «Carlos V, hispaniorum rex». Museo Carlista de Madrid**

Tras diversas peripecias que salen fuera de nuestra narración, la Expedición Real avanzaba hacia el Reino de Valencia, perseguida por las columnas enemigas.

Cabrera tenía órdenes superiores de llamar la atención del ejército a toda costa hacia las provincias de la derecha del Ebro. Sin embargo, el día 4 de junio recibió instrucciones de no hacerlo, ordenándosele en cambio, que preparase todos los medios posibles para proteger el paso del Ebro por parte de la Expedición Real.

Tanto Cabrera como Oraá no quitaban de su atención los movimientos de la Expedición. Para Oraá era clave impedir que Don Carlos cruzara el Ebro. Para asegurarse, cursó orden para que la brigada de Borso cayera rápidamente sobre Cherta para destruir las barcas y almadías que los carlistas tenían preparadas para facilitar el paso.

Mientras tanto, la Expedición Real había conseguido ganar terreno a sus perseguidores y presentarse el día 29 de junio sobre Tivenys, pueblo situado casi enfrente de Cherta, en la orilla izquierda del Ebro.

Cabrera recibió aviso de que la Expedición pensaba atravesar el río por Cherta al día siguiente. Sabedor de que Nogueras se encontraba en Mora con 5 batallones y 300 caballos, y Borso en Tortosa con otros 6 batallones y 250 jinetes, se preparó a la batalla, dispuesto a proteger a muerte el paso de la Expedición. Su estrategia y brillante actuación ante las fuerzas enemigas hicieron posible su derrota y que tuvieran que retirarse, haciendo posible el paso del Ebro por la Expedición Real. Don Carlos no tardó en mostrar a Cabrera su aprecio, pues aquél mismo día le concedió la Gran Cruz y Banda de la Real y Militar Orden de San Fernando.

A lo largo de ese mismo día 29 las fuerzas expedicionarias atravesaron el río y pasaron a la margen derecha, donde fueron recibidas con sustanciosos ranchos y con el júbilo y la algarabía de las poblaciones. La presencia del rey en las tierras de la derecha del Ebro fue una convulsión en el país. Gentes de toda la comarca y representantes de todos los pueblos acudieron a rendir homenaje al que reconocían como Carlos V. Por todas partes corría de boca en boca que el rey se dirigía a Madrid, y todos se prometían felices lo que parecía ya sólo cuestión de un par de semanas para que se encaramara al trono de España.

La Expedición se movía con lentitud, entorpecida por la multitud de bagajes y comitivas que formaban una larga procesión. Cabrera, consciente del valor del factor tiempo en toda guerra y conocedor por sus confidentes de la indefensión en que se encontraba la capital del Reino, veía con impaciencia esta falta de agilidad y de resolución, pues en su opinión debía caminar día y noche para, aprovechando el aturdimiento del enemigo, presentarse en la puerta de Atocha el mismo día que supieran allí que habían salido de Cherta.



**Figura 7:** *Cruz laureada de San Fernando perteneciente al general Cabrera.*  
Museo Carlista de Madrid

El estado mayor expedicionario no tuvo, sin embargo, la determinación para aprovechar la oportunidad que se le presentaba, y el cuartel de la Expedición permaneció tres días inmóvil en Cherta, recibiendo el pretendiente el homenaje ceremonioso de los pueblos y sus representantes, cuando tenía delante de sus ojos el camino expedito hacia la Corte.

Por su parte, en el bando liberal, el general Oraá desplegaba toda su actividad para concentrar sus tropas y tratar de impedir la marcha de la Expedición sobre Valencia, o retrasarla al menos para dar tiempo a que el ejército del Norte mandado por Espartero, pudiera acudir desde Navarra en auxilio de la capital.

El 2 de julio, Cabrera fue nombrado por el rey como comandante general de Aragón, Valencia y Murcia, al mismo tiempo que *El Serrador* era destituido de la comandancia general de Valencia<sup>23</sup>. El prestigio de Cabrera y la predilección real que por él tan claramente se manifestaba, aumentaba sin embargo el número de sus enemigos que conspiraban para propiciar su caída, envidiosos de su ascendente estrella y temerosos de perder con ello su influencia cortesana sobre el rey.

La Expedición se puso en camino el día 4 hacia Castellón. La defensa del vecindario, reforzado con tropas de Borso llegadas de Vinaroz, consiguió rechazar a los atacantes, que desistieron de tomar la capital e invertir en ello unos días que resultaban preciosos en la marcha hacia Madrid.

El avance del ejército de Don Carlos resultaba divagante y parsimonioso, a la espera del desarrollo de los acontecimientos y las noticias de la Corte que les indicaran el momento de acercarse a Madrid. Cabrera

---

<sup>23</sup> El Serrador había prestado desde el inicio de la guerra valiosísimos servicios a la causa carlista. El pueblo campesino le adoraba, y durante tiempo había bastado su nombre para que se le abrieran las puertas de los pueblos. Cabrera nunca tuvo con él buenas relaciones, quizás porque se sometía con desgana a su liderazgo. Hombre de escasa instrucción, creía poco en la estrategia militar. Desde la vuelta de la expedición de Gómez, Miralles contrajo una enfermedad cuyo restablecimiento fue largo y costoso. Sus desavenencias con Cabrera, que no disimulaba, provocaron su cautiverio durante un tiempo en Mosqueruela y más tarde en Cantavieja, y estuvieron a punto de costarle ser fusilado. Después de algunos meses se trasladó a su localidad natal de Benasal, donde permaneció dedicado a instruir quintos y en calidad de retirado. Los celos de Cabrera sobre su conducta llevaron a que fuera confinado en el castillo de Miravete con su mujer, del que trató de huir, rompiéndose las dos piernas. Volvió a la vida privada, de la que ya no salió hasta concluida la guerra, cuando volvió a echarse al monte. «En algunas biografías, escritas con mala fe, se le pinta como un hombre de malas costumbres y ladrón. Esto es falso; le pudimos tratar antes de la guerra de los Siete Años, durante la guerra y hasta pocos días antes de morir en mayo de 1844. El Serrador era pobre, pero honrado; de talento natural, aunque de instrucción descuidada, y valiente, y por ello tuvo rivales» (SEGURA BARREDA, José: *Morella y sus aldeas*. Volumen IV. Ayuntamiento de Morella. Morella, 1991).

contemplaba con desesperación la falta de decisión del mando expedicionario. En su opinión, la Expedición debía seguir a marchas forzadas hacia la capital, aprovechando que las tropas liberales no alcanzaban a cerrarles el paso, en lugar de encaminarse hacia Valencia, donde Oraá y fuerzas de la brigada Borso se disponían a interceptarles.

El día 16 de junio en los campos de Chiva dio comienzo el combate. El resultado de la jornada fue de más de 1.000 bajas por el lado carlista y de 500 por el constitucional, aunque las cifras disienten según el parte de uno y otro bando<sup>24</sup>.

Las consecuencias políticas de la batalla fueron mayores si cabe que las militares, porque Don Carlos abandonó entonces la ofensiva, cesó de amenazar el corazón de la monarquía, y roto y maltrecho tuvo que ir a ocultarse en las sierras de Cantavieja, dilatando su movimiento sobre la Corte en más de sesenta días<sup>25</sup>.

Por fin, la expedición continuó su marcha el 8 de agosto, en permanente mutuo acoso y vigilancia de las tropas carlistas y cristinas, que fueron batidas en Villar de los Navarros, permitiendo a la Expedición penetrar en Castilla.

Sin embargo, en lugar de aprovechar esta nueva oportunidad, la Expedición Real se durmió sobre los laureles cuando hubiera hecho falta determinación y audacia para consumir el golpe final. Por el contrario, el ejército de Don Carlos permaneció dentro de Aragón a la espera de noticias de María Cristina, dando tiempo a que se presentasen las fuerzas enemigas, y cuando emprendió finalmente su lánguida marcha sobre Madrid, ya caminaban a sus espaldas dos grandes cuerpos de tropas, que podía haber dejado fuera de combate, y que le picaban la retaguardia donde podían.

En la primera semana de septiembre, Don Carlos se cansó finalmente de esperar la señal de María Cristina, que jugaba su propia partida dando largas a su conveniencia, y decidió poner marcha hacia la Corte plantándose el día 12 en Arganda, a menos de 20 kilómetros de Madrid.

Ese mismo día 12 de septiembre, Cabrera y sus batallones del Maestrazgo, que constituían la vanguardia de la Expedición Real, se presentaron a vista de la capital, hasta llegar a las alturas situadas frente a las mismas tapias del Retiro.

<sup>24</sup> El parte liberal es de un jefe, 5 oficiales, 37 soldados y cinco caballos muertos, y 4 jefes, 31 oficiales y 475 heridos por su bando, y más de 150 muertos, 600 heridos y 400 prisioneros por parte carlista, con un número considerable de desertores y pasados, ascendiendo aproximadamente a 2.000 el total de sus bajas. Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo I, p. 178.

<sup>25</sup> Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo I, p. 179.



**Figura 8: Grabado representando a los carlistas ante Madrid. Biblioteca Nacional**

Mientras tanto, Don Carlos mandaba emisarios continuos a María Cristina esperando un mensaje suyo, y ésta le contestaba con evasivas de que aguardase unos días, que no atacase, porque no estaba bien terminado el plan de insurrección que debía estallar en Madrid proclamando a Don Carlos, para evitar así la necesidad del asalto. Mientras así entretenía a su cuñado, la regente había enviado despachos a Espartero y Oraá, para que a marchas forzadas cayeran sobre el ejército carlista y le derrotaran<sup>26</sup>.

Al ver Don Carlos frustrados los planes y darse cuenta del juego al que estaba siendo sometido, renunció a tomar la capital. El general González Moreno, jefe de estado mayor del ejército expedicionario, cursó la instrucción de retirada, y Cabrera se vio obligado a emprender la marcha atrás hacia Arganda, donde estaba el cuartel real.

Tras dos días de inacción de la expedición en sus campamentos y después de muchas deliberaciones y cálculos de los intrigantes consejeros que rodeaban al monarca, Don Carlos decidió el abandono de su objetivo en una decisión cuyos efectos, a la larga, significarían el comienzo de la irremediable decadencia militar de su causa<sup>27</sup>.

<sup>26</sup> HORTELANO, Benito: *Memorias*. Espasa Calpe, S.A., Madrid, 1936, p. 63.

<sup>27</sup> VON GOEBEN: op. cit., pp. 152 y 153, realiza interesantes consideraciones militares sobre las razones que hubieran aconsejado el asalto a la capital.

La orden de retirada produjo una profunda decepción entre los que veían inminente el triunfo de Don Carlos. Cabrera, que no entendía los motivos de una decisión tan inoportuna, acogió la orden con despecho e indignación interior, jurándose a sí mismo no seguir en adelante sino sus propias inspiraciones; y así lo hizo cuando tomó la decisión de separarse con sus tropas.

Tras el descalabro sufrido por la Expedición en el corredor del Henares a manos de Oraá, que obligó a la dispersión de las tropas expedicionarias, Cabrera decidió regresar hacia sus territorios del Maestrazgo. Conociera el rey o no la decisión de separarse de Cabrera, lo cierto es que resultó favorable, pues ocasionó la división de las fuerzas enemigas que, en parte, fueron en persecución de Cabrera.

En lo que respecta a Don Carlos, obligado por las circunstancias y preso su ejército de la desmoralización, se vio obligado a atravesar el Ebro, renunciando por el momento al Trono de San Fernando, y regresando al mismo territorio del que había partido.

El fracaso de la Expedición Real introdujo el desaliento y la confusión en el campo carlista, que desde entonces no volvió a tener ni plan, ni unidad de acción, ni jefes con visión de cómo continuar la guerra, ni alcanzaría hecho de armas destacado, con la única excepción del joven caudillo del Maestrazgo, el único que aun creía en la victoria y se preparaba para una tenaz resistencia.

### *7. El caudillo del Maestrazgo*

Cabrera había aprendido las lecciones de la derrota de la Expedición Real: nada podía esperar de los ejércitos del Norte, así que en adelante se dispondría a contar sólo con sus propios recursos. Sus tropas, por otra parte, habían demostrado no tener nada que envidiar a las mejores que defendían la causa realista.

Animado por los buenos auspicios con los que empezaban las cosas tras unirse a su ejército, con algunos choques victoriosos, decidió pasar a la ofensiva con el fin de extender las fronteras del territorio bajo su control. El plan de Cabrera consistía en apoderarse de Tortosa, pero su plan fracasó porque el día 15 de octubre se presentaron tropas cristinas de Tarragona en auxilio de la población, lo que obligó a los carlistas a retirarse.

Desde el 1º de octubre, el propósito de las autoridades liberales, que habían encomendado al general Oraá, era reconquistar Cantavieja, privando a los carlistas de su punto de apoyo y base de operaciones en todo el territorio que dominaban. Cabrera conoció los preparativos del enemigo y tomó decisiones para contrarrestarlos.

Cuando Oraá avanzaba en sus preparativos para el asalto final al reducto carlista, que tantas dificultades conllevaba para acometerse con garantías, el general del Centro fue sorprendido por un correo desde Madrid en el que se le ordenaba suspender la operación sobre Cantavieja. La instrucción le instaba a coordinarse con el general Espartero para tratar de obligar a huir de Navarra a Don Carlos o destruir su ejército, reforzando con parte de sus tropas al ejército del Norte, mientras con el resto de ellas debía tratar de defender el Maestrazgo de las incursiones carlistas.

El desistimiento del objetivo cristino de reconquistar Cantavieja, fue aprovechado por Cabrera para celebrar lo que consideraba una nueva muestra de debilidad gubernamental, aumentando la confianza entre los suyos en un próximo triunfo, y erosionando el prestigio del gobierno, ya de por sí escaso en los pueblos del Maestrazgo, mayoritariamente partidarios de Don Carlos.

La distancia de las tropas liberales permitió al caudillo carlista llevar a cabo una rápida incursión por la huerta valenciana, para hacerse con las provisiones que su ejército precisaba. El factor sorpresa le permitió recoger un abundante botín de víveres, caballos y dinero, que no podía conseguir en el Maestrazgo, sin que los pueblos de la ribera valenciana ni el jefe cristino encargado de su protección pudieran hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, no todo eran triunfos para Cabrera, y también sus fuerzas sufrían contratiempos y descalabros en distintos lugares de Aragón, como en los malogrados sitios de Caspe, Escatrón y Lucena.

La mente de Cabrera no se apartaba de sus objetivos de tomar Morella, que permanecía prácticamente cercada en medio de un territorio controlado por los carlistas, y Peñíscola.

## 8. *La toma de Morella*

Al comienzo de 1838, los carlistas dominaban la mayor parte del territorio del Maestrazgo y Bajo Aragón. Don Carlos había pedido a su ejército de Aragón que tratara de llamar la atención del gobierno hacia la guerra en el Levante, para dar respiro al Norte y dar oportunidad de rehacerse a los batallones que habían regresado tan maltrechos de la Expedición Real.

Morella era considerada la llave para acceder al Maestrazgo y al Mediterráneo desde el Norte, nudo de enlace entre Aragón y Valencia y fortaleza a cuyo abrigo un cuerpo de tropas podía maniobrar libremente dominando toda la comarca. Para los carlistas, ser dueños de Morella era serlo

del Maestrazgo y del Bajo Ebro, era obligar a las tropas cristinas a cambiar las condiciones de la guerra, a partir desde la circunferencia al centro, en lugar a hacerlo desde el centro a la periferia. Si conquistaban Morella, y un punto de apoyo más en la costa, como Peñíscola, por ejemplo, los liberales se verían obligados a pasar a la defensiva, con grandes posibilidades de perder la guerra.

Oraá conocía la importancia de la plaza, y las dificultades a las que estaba sometida por el bloqueo, pero juzgaba su conquista por los carlistas como imposible, dada su escasisima artillería, por lo que no deseaba distraer fuerzas en acudir en su defensa, sacándolas de otros lugares donde su presencia se consideraba más crucial.

Los carlistas dominaban las masías y alturas que circunvalan la capital de los Puertos y habían cortado el agua que suministraba a las fuentes de la ciudad. El coronel Portillo, gobernador militar de la plaza, resistía tranquilo la situación, pues le parecían efectivos insignificantes para poner en riesgo la seguridad de una ciudad poderosamente fortificada como Morella, inexpugnable por bloqueo.

Por su parte, los carlistas cada día imaginaban nuevas formas de intentar la conquista. El 19 de enero de 1838 se presentó a uno de los jefes de puesto carlistas un artillero desertor de la plaza, comunicando al jefe del puesto que había preparado un plan que les permitiría entrar en el castillo. El plan consistía en que, en la garita que había frente al cuerpo de guardia del castillo había un retrete sin guardia ni tubería de ninguna clase, que podría alcanzarse por medio de una escalera, y quitando el asiento de madera que él había desencajado y preparado, podrían penetrar en el castillo<sup>28</sup>.

La ocasión se presentó la noche del 25 de enero, día crudo y sombrío en que una fuerte nevada dejó las montañas cubiertas. A las cuatro y cuarto de la madrugada, trepaban los voluntarios en el orden preasignado por la segunda escalera, cayendo de improviso sobre la guardia que opuso inútil resistencia encerrados en el cuerpo de guardia. Dueños los carlistas de la fortaleza, se apoderaron de las armas y municiones y enviaron a las tropas apostadas en el exterior la señal convenida, mientras más voluntarios subían sin cesar por el muro.

<sup>28</sup> OVILO Y OTERO, Manuel: «Vida militar y política de D. Carlos María Isidro de Borbón», en *Historia de la Guerra Civil*, 3 Tomos. Imprenta de D. Benito Lamparero. Madrid, 1844 y 1845. El autor dedica el Cap. V del Tomo III a la toma de Morella por los carlistas, con una narración pormenorizada de los hechos, incluyendo el nombre de los voluntarios participantes en el comando que tomó la plaza. Por su parte VON GOEBEN: op. cit., pp. 257 y ss, recoge la narración de la gesta según se la relató el propio entonces teniente coronel Don Pablo Alió cuando le conoció en Morella en enero de 1840.

El gobernador Portillo con la guarnición y milicianos trataron de reconquistar el castillo, pero fueron repelidos por los carlistas que habían reforzado la entrada del mismo, a fuerza de balas y granadas, obligando a los liberales a abandonar la plaza<sup>29</sup>.

Cabrera se apoderaba de Benicarló prácticamente al mismo tiempo en que recibía la noticia de la toma de Morella<sup>30</sup>. Eufórico por ambas conquistas, recibió la felicitación de todos sus jefes y oficiales, redactando sin demora los partes para Don Carlos y la Junta Gubernativa.

La caída de Morella en poder de los carlistas cortó por completo para los liberales la comunicación directa entre el Bajo Aragón, Norte y Valencia, lo que obligaba al enemigo a una gran dispersión de fuerzas. Además, la conquista de la plaza dejó en poder de los carlistas 11 cañones, bastante acopio de víveres y municiones.

El 31 de enero, cinco días después de la toma de la plaza, Cabrera hacía su entrada triunfal en Morella en medio de las aclamaciones del vecindario, las bandas de los batallones castellanos, el repique de campanas y las salvas de artillería<sup>31</sup>.

Morella se convirtió en capital de la Comandancia militar carlista de Valencia y Aragón y de toda la zona del Maestrazgo. La toma de Morella por Cabrera aumentó enormemente la popularidad del caudillo carlista, extendiéndose su fama más allá de nuestras fronteras.

El jefe del ejército liberal del Centro, general Oraá, abrumado y lleno de amargura, escribió al gobierno, informándole de la pérdida de la plaza<sup>32</sup>. En su comunicación se lamentaba, una vez más, de la penosa situación del ejército bajo su mando, que apenas le permitía ya para mantenerse ni a la defensiva frente al creciente poderío de su rival. Su queja apenas contaría con oídos en un gobierno al que por entonces la guerra en Aragón y Valencia le parecía mucho más lejana que el riesgo carlista que siempre veía a las puertas de Madrid.

Otros muchos encuentros y escaramuzas tuvieron lugar por aquellas mismas fechas en distintos puntos del Maestrazgo, Valencia y Bajo Aragón entre destacamentos realistas y constitucionales, con distinta suerte para uno y otro bando.

<sup>29</sup> GONZÁLEZ DE LA CRUZ, Rafael: *Historia de la emigración carlista*. Imp. Cuesta. Madrid, 1844, Tomo I, pp. 360 y 361, recoge el parte del gobernador Portillo al general Oraá dándole cuenta de las circunstancias de la pérdida de la plaza, que atribuye a la desertión de algunos miembros de la guarnición y al soborno de otros.

<sup>30</sup> Curiosamente la noticia se la dio un grupo de la guarnición huida, que cuando llegaba a Vinaroz fue capturado por las fuerzas de Cabrera que sitiaban Benicarló.

<sup>31</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo III, pp. 116 a 134 y 150-151.

<sup>32</sup> Comunicación recogida en Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo II, p. 34.



**Figura 9:** *Cabrera ante Morella*, o/l por Augusto Ferrer-Dalmau. Museo Carlista de Madrid

### 9. *La expansión del territorio carlista*

Tras apoderarse de Gandesa, después de dos años de intentonas infructuosas, Cabrera concibió un plan para apoderarse de Zaragoza, al conocer por sus espías que el general San Miguel, al salir de la capital aragonesa para ir en socorro de Gandesa, no había dejado en la capital más que una guarnición de treinta hombres de tropa. Apoderarse de Zaragoza significaría tener el Ebro y obligar al ejército liberal del Centro a evacuar sus posiciones, por lo que la trascendencia sería mayor que en el Norte sería la toma de Bilbao.

El 5 de marzo la fuerza de 3.000 infantes y 250 caballos mandados por Cabañero y por el brigadier francés Lespinasse consiguieron penetrar en Zaragoza, después de asaltar la muralla y abrir la puerta de la ciudad, apoderándose de los puntos neurálgicos de la misma mientras los vecinos reposaban tranquilamente. Al amanecer, sin embargo, los toques de generala y diana alarmaron a la población, y empezó a generalizarse en distintos puntos el fuego. El hostigamiento de que eran objeto, obligó a los carlistas a abandonarla tras sufrir abundantes pérdidas.

El desastroso final de la tentativa sobre Zaragoza, redujo significativamente los efectivos del ejército carlista de Aragón, que había perdido en la *Cincomarzada* unos 1.100 hombres. Ello obligó a Cabrera a concentrarse en conservar a su gente a la espera de nuevos voluntarios, de mozos procedentes de la leva decretada por la Junta, o del intercambio de prisioneros que Cabrera llevaba tiempo ofreciendo a Oraá, para el que las gestiones verbales y la correspondencia escrita se incrementó considerablemente durante los meses de marzo y abril. El resultado fue el canje de 347 individuos del ejército constitucional procedentes de la acción de Villar de los Navarros, el día 26 de marzo, y de los milicianos de Zaragoza sorprendidos por Cabañero, canjeados también el día 30 en Belchite.

Reforzado así, durante los meses de abril y mayo Cabrera continuó expandiendo el territorio bajo su control, con ataques a poblaciones como Alcora, Alcorisa, Lucena e incluso Alcañiz, de la que tuvo que retirarse sin poderla conquistar.

El día 4 de abril Oraá salió de Castellón con 7 batallones y 3 escuadrones con el fin de liberar a Lucena del cerco carlista. Cabrera, separado de su enemigo por barrancos y cortadas y preocupado sobre todo de proteger la artillería que tanto le había costado adquirir, siguió los movimientos de su enemigo sin poder evitar su avance, que le permitió entrar en Lucena el día 5, abasteciendo la población y mejorando sus fortificaciones.

La defensa de Lucena por los liberales ante el que era el duodécimo asedio carlista a la población, constituye uno de los más destacados ejemplos

de heroísmo de los vecinos de una ciudad, dispuestos a resistir a toda costa antes que entregar la misma a sus enemigos.

Desde su posición en Alcora, Cabrera dictó instrucciones a sus divisiones y llevó a cabo algunos nombramientos en su ejército. Tras tomar estas disposiciones, Cabrera salió de Alcora acompañado de sus ayudantes y ordenanzas hacia Mirambel, Cantavieja y Morella para combinar y llevar a efecto los planes que tenía en la cabeza. Su propósito era apoderarse de Calanda. El día 18 salió Cabrera de Morella con 18 piezas de artillería, y se inició el fuego. Tras una resistencia de la guarnición, finalmente capituló y el 21 de abril el pueblo cayó en manos de los carlistas.

Regresado a Morella, Cabrera dispuso las órdenes para repetir la jugada en Alcorisa, que cayó en su poder el día 27 sin necesidad de usar la fuerza, pues la guarnición había abandonado el pueblo dos horas antes. En este pueblo encontraron los carlistas gran cantidad de víveres que, tras ser oportunamente verificados para evitar un posible sabotaje, Cabrera empleó para alimentar a sus hombres.

A Alcorisa siguió Samper, que cayó en poder del tortosino el día 30, después de sitiado e intimar la rendición de la guarnición, que fue hecha prisionera. Al igual que en los casos anteriores, los carlistas se apoderaron de víveres y pertrechos de guerra y destruyeron después las fortificaciones.

La suerte sonreía al caudillo carlista. Envalentonado Cabrera por esta cadena de triunfos y la impotencia de su rival Oraá para hacer frente a su creciente dominio del territorio, el 2 de mayo se plantó delante de Alcañiz con su artillería emplazada sobre las dos alturas que dominan la ciudad. Alcañiz, a menos de cincuenta kilómetros de Zaragoza y a la derecha del Ebro, era una plaza importante para los cristinos, depósito de pertrechos y vituallas y llave para la defensa de una gran parte del Bajo Aragón.

Tras batir los muros fortificados con los disparos de sus cañones abriendo brecha, en la noche del día 4 se inició el ataque, librado en medio de una encarnizada resistencia. Sin embargo, antes de que pudiera consumarse la conquista, Cabrera ordenó la retirada porque enterado de la venida de Oraá, quiso evitar poner en peligro su artillería.

En medio de estos trabajos, Cabrera impuso un paréntesis en sus planes para salir en busca del conde de Negri, que se acercaba a Calanda con apenas 100 hombres supervivientes de la expedición que había salido de Navarra tratando de extender la guerra a otras regiones<sup>33</sup>.

<sup>33</sup> «Este sistema de expediciones condenado por Zumalacárregui, costó al ejército carlista del Norte 23 batallones castellanos, 500 jefes y oficiales y 2500 caballos», según ARI-ZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*. Imprenta de Vicente de Lalama. Madrid, 1840, p. 120.

El día 6 de mayo los generales conde de Negri y Cabrera se abrazaban y los voluntarios del Norte descansaban al amparo de su protector, como antes lo había hecho el célebre general Merino, que también se había refugiado en Aragón con sus derrotados castellanos<sup>34</sup>. Integradas las fuerzas del conde en las suyas, durante el resto del mes de mayo Cabrera recorrió los principales pueblos de la línea que demarcaba el territorio bajo su control. Por primera vez los carlistas pretendían afianzar su dominio del territorio a través de un rosario de puntos fortificados protegidos por la permanencia de tropas en los mismos.

La Junta Administrativa era la depositaria del poder supremo en el territorio controlado por los carlistas. Era responsable del manejo de la hacienda del país, por medio de comisionados, unos fijos y otros ambulantes, que se entendían con los comandantes de armas, y repartía los servicios y las contribuciones, que recaudaba en nombre del rey Carlos V. Creó papel sellado, y gobernaba en lo civil haciendo los nombramientos de alcaldes y ayuntamientos; ordenaba los llamamientos de gente; representaba al rey en lo judicial, y en todo se expresaba ante los habitantes de los pueblos como consejo de ministros reales, representantes del monarca legítimo<sup>35</sup>.

Una junta eclesiástica se ocupaba de la recolección del diezmo y las bulas que previamente distribuía, confería órdenes sagradas y otorgaba dispensas.

Además de todo ello, Cabrera estableció una red de diez hospitales, situados en distintos pueblos del territorio bajo su control.

Con todas estas medidas Cabrera demostraba su extraordinaria capacidad de organización y su visión política, que desmentía categóricamente a los que pretendían presentarle como «el jefe de una banda de ladrones». En el poco tiempo transcurrido desde que estableció su primera y única base de operaciones en Cantavieja, Cabrera había no sólo organizado un completo ejército, sino puesto los rudimentos de la completa administración de un estado en el territorio que, ni siquiera del todo, controlaba.

<sup>34</sup> Según señala críticamente VON GOEBEN: op. cit., p. 210, «En sus tiempos Merino no había mandado más que Caballería, y no tenía ni idea de la Infantería; sin embargo, siempre se le dio alguna. Dejó las Provincias con dos batallones, los perdió, huyó hacia Aragón, donde tomó el mando de los batallones de Castilla que se habían allí salvado de la expedición de Zaratiegui».

<sup>35</sup> El reinado efectivo de Carlos V sobre los territorios del Maestrazgo se comprueba en los documentos municipales de este período de muchos pueblos. A título de ejemplo pueden citarse los documentos conservados en el archivo municipal de Catí procedentes de 1838, todos los cuales llevan el sello del monarca carlista. Véase PUIG Y PUIG, Juan: *Historia breve y documentada de la Real Villa de Catí*. Servicio de Publicaciones. Diputación de Castellón, 1998, p. 126.

### 10. *El fracasado intento cristino de reconquistar Morella*

La actitud del caudillo tortosino infundía crecientes temores en el gobierno de Madrid. Preocupaba que Cabrera, asentando su poder en una base estable y en una línea de puntos fuertes, extendiera el territorio bajo su control desde la desembocadura del Ebro hasta la del Guadalaviar, y que penetrando por las sierras de Cuenca amenazaba llegar hasta el corazón mismo de Castilla. Era preciso derrotar al orgulloso Cabrera antes de que fuera demasiado lejos, y desalojarle de país en que se había hecho fuerte.

Con este pensamiento en mente, el gobierno adoptó a principios de mayo la decisión de reforzar las tropas del general Oraá<sup>36</sup>, y dispuso lo necesario para recobrar Morella, centrando en este objetivo toda su atención. Para ello se dividió el ejército del Centro en tres columnas, que avanzarían convergiendo sobre la capital carlista. De esta manera se pensaba dar un golpe mortal a la causa del Pretendiente. La atención de toda España seguía impaciente aquella operación, anunciada como la definitiva derrota del desafiante jefe carlista.

Cabrera conoció los planes enemigos a través de su tupida red de espías y confidentes, que tenía dispuestos por todo el país. Decidido a esperar a su enemigo, no se descuidó, sino que adoptó una actitud proactiva preparándose para hacer frente a su enemigo.

Dividió sus tropas para dejar dentro de la plaza una guarnición resuelta a defenderse hasta la muerte, reservándose una división de tres mil hombres para, dispuestos en los lugares adecuados, hostigar a los sitiadores desde fuera, interceptar sus convoyes y hostilizar su retaguardia.

A lo largo de todo el mes de junio, los lugartenientes de Cabrera mantuvieron encuentros y escaramuzas con las columnas cristinas en distintos puntos del territorio. Cabrera recorría incesante los pueblos, animando a los pobladores y asegurando que los enemigos no encontrarían más que la derrota y la muerte si osaban penetrar en el Maestrazgo.

El 24 de julio de 1838 un poderoso ejército compuesto de 23 batallones, 12 escuadrones, 25 piezas de artillería y algunas compañías de ingenieros, al mando del general Marcelino Oraá se ponía en marcha para establecer el cerco a Morella<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> Los diez batallones que se incorporaron al ejército del Centro fueron tres de la brigada de Azpiroz, tres del brigadier Mir y otros cuatro al mando del general Pardiñas.

<sup>37</sup> En el Centro Geográfico del Ejército, Signatura C63-n.º 27, se encuentra una interesante memoria inédita titulada Noticias sobre la situación de Morella y puntos más ventajosos para hostilizarla, redactada para el general Oraá por el teniente coronel de Artillería de su ejército D. Juan Vial.

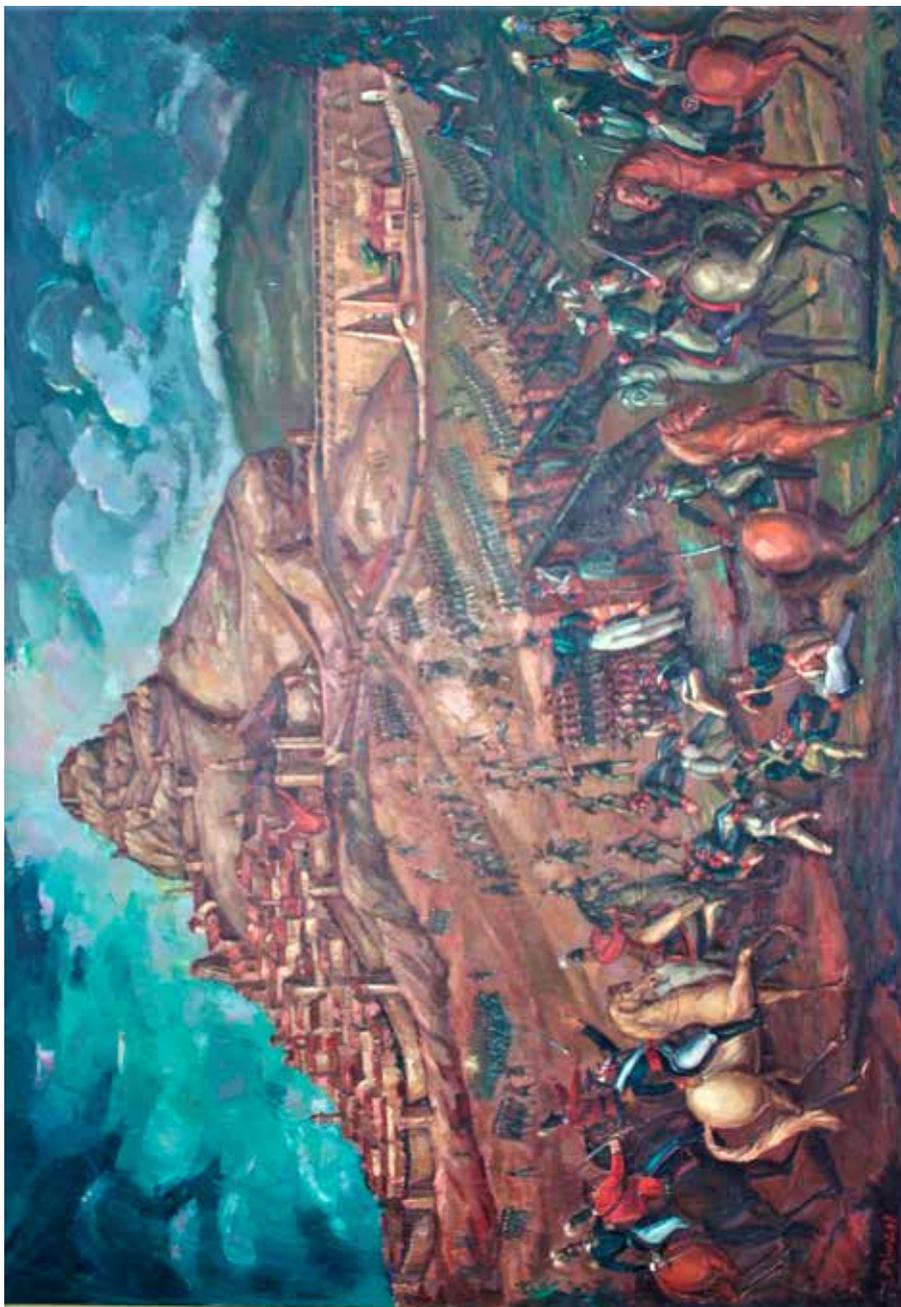


Figura 10: *Sitio de Morella por el ejército de Oraú*. Óleo de Ignacio Mingol. Museo Carlista de Madrid

La previsión del general Oraá, compartida por el gobierno, era que la reconquista de Morella sólo tardaría el tiempo necesario para abrir brecha en el recinto de la plaza, operación que debía concluir en pocos días<sup>38</sup>.

Cabrera, como hemos dicho, no esperó pasivamente los acontecimientos, sino que llevó a cabo los preparativos necesarios para resistir. La defensa de la plaza fue confiada al conde de Negri, que juró sepultarse en las ruinas de Morella antes que sucumbir con vida a esta nueva prueba para su valor y capacidad militar.

Convencido de la imposibilidad de tratar de retrasar el avance del ejército enemigo, Cabrera se mantuvo en actitud de observación, vigilando su progresión. Seguía centímetro a centímetro los movimientos de sus enemigos y coordinaba con sus lugartenientes los movimientos necesarios para controlar cualquier oportunidad de sorprenderles.

Durante los primeros días de agosto continuaron los dispositivos del sitio, y el hostigamiento al que las fuerzas carlistas del exterior sometían a las divisiones cristinas que participaban en los preparativos del mismo. La posición de Oraá no era muy halagüeña, entre una plaza defendida y fortificada y un ejército enemigo a retaguardia, en un país sin prácticamente recursos con los que abastecer las necesidades de su numeroso contingente y con las líneas de aprovisionamiento interceptadas<sup>39</sup>.

El 10 de agosto de 1838 las tropas de Oraá estaban frente a la plaza. El plan de Cabrera trataba hábilmente de cortar las comunicaciones al ejército sitiador y atacarle en sus líneas de comunicación, indispensable para la llegada de los convoyes de refuerzo.

Al amanecer del 14 de agosto rompió el fuego por primera vez la artillería de Oraá, logrando abrir una brecha en la muralla. Los carlistas prendieron fuego a los combustibles que tenían amontonados a espaldas de la brecha, mientras que desde las murallas y torres inmediatas arrojaban granadas de mano y sostenían un continuo fuego de fusilería sobre los soldados que se acercaban.

Conociendo la imposibilidad de adelantar en el ataque y la tenacidad del enemigo en defender la brecha, Oraá dispuso que se retirasen las tropas al punto de su salida, para evitar continuase derramándose inútilmente una sangre que ningún resultado producía<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> Según el autorizado testimonio de un historiador militar liberal participante en las operaciones, el optimismo era generalizado entre el mando cristino: «tal vez algunos no creyeron que se tomara Morella después del primer asalto a la brecha; pero yo pienso que ninguno». Marqués de SAN ROMÁN: op. cit. Tomo II, p. 139.

<sup>39</sup> Marqués de SAN ROMÁN: op. cit., Tomo II, p. 150.

<sup>40</sup> Del Diario del Ejército del Centro de mando del teniente General D. Marcelino Oraá, citado por Buenaventura de Córdoba.

El día 18 de agosto, el general Oraá, tras 19 días de asedio, sin víveres y sin esperanzas de éxito, dio la orden de emprender la retirada hacia Alcañiz, levantando el sitio y afrontando la humillación de no haber podido tomar la plaza tan bravamente defendida por un incontablemente inferior número de defensores carlistas.

Cabrera había resultado victorioso en lo que había sido, sin duda, su más glorioso hecho de armas y sería para siempre la página más brillante de su historia militar. La prensa europea se hizo eco de la hazaña del héroe de Morella, cuyo nombre se rodeó de una aureola de leyenda y morbosa curiosidad. A partir de entonces, el pueblo vio como triunfadora a la causa carlista, con lo que muchos se atrevieron a exponer públicamente sus opiniones, y otros parecieron resignarse a lo que parecía inevitable.

La frustración de los planes liberales sobre Morella produjo inmensa alegría en el campo de Don Carlos, donde todos tributaban entusiasmados elogios al bravo tortosino que había marcado un hito en el curso de la guerra. Cabrera recibió su nombramiento como teniente general y el otorgamiento del título de Castilla de conde de Morella<sup>41</sup>. Por el contrario, el fracaso del sitio de Morella provocó una crisis ministerial en el campo liberal e hizo que el prestigio del general Oraá, al que se abrió causa, se viera zarandeado por la prensa y en el parlamento, por lo que el gobierno decidió su sustitución al frente del ejército del Centro por el mariscal de campo Antonio Van Halen.

### 11. *Cabrera en la cumbre de su poder*

Cabrera mandaba ya un ejército de unos 10.000 hombres de Infantería y 1.100 caballos, encuadrados en cuatro divisiones. A ellos había que agregar los cuerpos de artillería y de ingenieros, este último compuesto hasta entonces sólo por zapadores con oficiales no facultativos; y los Voluntarios Realistas, que no abandonaban sus residencias, además de algunas partidas que no sumaban más de dos centenares de hombres<sup>42</sup>.

El ejército liberal del Centro, por el contrario, se componía de 30.000 infantes y 2.000 caballos, que se reducían a 20.000 hombres de a pie y 1.750 montados operativos cuando se descontaban los que debían permanecer en guarniciones y depósitos.

El caudillo carlista acariciaba por aquellos días la idea de tomar la iniciativa y batir al joven general Pardiñas, jefe de una división de élite del ejército cristino y acostumbrada a vencer.

<sup>41</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo III, pp. 372 y 373.

<sup>42</sup> Datos proporcionados por VON GOEBEN: op. cit., p. 280.

Enterado de que Pardiñas se había desplazado de Alcañiz hacia Calaceite, decidió ir en su busca. Al alborear el 1º de octubre los ayudantes avisaron a Cabrera de la salida de Pardiñas desde Maella en dirección a Alcañiz. Una encarnizada batalla dio comienzo, en la que Cabrera resultó herido en un brazo y el jefe cristino resultó muerto por fuego de sus propios hombres que le confundieron con el enemigo<sup>43</sup>.

La victoria de Maella fue una de las más decisivas y notables de la guerra, pues el efectivo de las tropas era aproximadamente igual, el terreno favorecía a ambos bandos de igual manera, y sin embargo la división cristiana resultó prácticamente aniquilada. El conde de Morella se había convertido en la gran esperanza de la causa legitimista<sup>44</sup>.

El cariz que tomaba la guerra en el Levante llevó al general Van Halen a proclamar el estado de guerra en los distritos de Aragón, Valencia y Murcia. La barbarie con la que se desarrollaba la guerra en Levante, enzarzada en un brutal sistema de represalias por ambos bandos, movió al embajador británico Villiers a intervenir para tratar de mitigar los horrores de la guerra civil. Los dos bandos proclamaban la guerra sin cuartel y ambos aducían hacerlo en respuesta a la provocación del otro bando.

Al comenzar el mes de abril se firmó, por fin, el ansiado convenio de humanización de la guerra, conocido por los carlistas como Convenio de Segura y por los liberales como Tratado de Lécerca<sup>45</sup>.

El resto de los sucesos de aquel mes de abril tuvieron relativamente poca importancia, salvo el ataque a Segura llevado por Van Halen, que acabó en tablas.

Cabrera reinaba en sus vastos dominios, de los que era, en la práctica, el verdadero y único capitán general<sup>46</sup>. Desde su fortaleza de Morella tenía bajo su control casi una cuarta parte del territorio español. La línea de sus plazas fuertes avanzaba ya hasta la provincia de Guadalajara, hasta menos de dos jornadas de la capital del Reino. Cabrera apostaba claramente como estrategia para la guerra por el dispositivo de guarniciones que le permitían ir expandiendo el control territorial. La idea era expansiva y los puntos fortificados tenían como misión vigilar el control carlista, propiciar el cobro de

<sup>43</sup> Esta versión de la muerte de Pardiñas fue narrada personalmente al oficial prusiano Von Goeben por varios testigos presenciales, así como por el coronel Heliodoro Gil, quien mandaba en Maella los Lanceros de Tortosa, por lo que el autor da fe de su veracidad, a pesar de que discrepa de otras versiones que circularon por el propio campo carlista, según las cuales Pardiñas fue muerto por Rufo y éste por el granadero. De esta segunda e incorrecta versión se hizo eco en su libro el general Von Rahden. VON GOEBEN: op. cit., p. 286.

<sup>44</sup> VON GOEBEN: op. cit., p. 286.

<sup>45</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, pp. 63 y 64.

<sup>46</sup> Así es reconocido sin ambages por el historiador liberal RICO Y AMAT, Juan: *Historia política y parlamentaria de España*. Imprenta de las Escuelas Pías. Madrid, 1861, p. 235.

contribuciones y dificultar cualquier intento de las partidas francas liberales. Sólo la falta de armas suponía una merma de las posibilidades que se abrían entonces ante el imparable caudillo tortosino.



**Figura 11: Retrato anónimo al óleo del general Cabrera, con su capa característica.  
Colección particular**

El 18 de abril de 1839 que apartaba a Van Halen de la jefatura del ejército del Centro, y se nombraba para reemplazarle interinamente al mariscal de campo Agustín Noguerras, que ocupó el mando hasta el nombramiento de O'Donnell en el mes de junio. Se daba la circunstancia de que dos de los hermanos del nuevo jefe del Centro habían dado su vida por sus ideales carlistas, y un tercero militaba en las filas del rey.

El propósito de O'Donnell era levantar el cerco de Lucena, instaurado por los carlistas desde hacía largo tiempo. Los cristinos liberaron la plaza rompiendo el cerco y pudieron abastecerla.

Otros incidentes menores se produjeron en los restantes días de aquel verano, en que los carlistas continuaron con su estrategia de actuar en puntos distantes, atrayendo la atención del enemigo y abasteciéndose de avituallamientos para su ejército.

## 12. *La traición de Maroto, el Convenio de Vergara y el final de la guerra en el Norte*

Mientras los acontecimientos del Maestrazgo marcaban el apogeo del poder militar y político de los carlistas bajo el caudillaje indiscutido del conde de Morella, los sucesos en las provincias del Norte tenían un cariz muy distinto. El gobierno y el propio monarca eran prácticamente prisioneros del general Maroto, que ejercía un completo control e influencia sobre las fuerzas armadas carlistas. Por otra parte, a partir del mes de abril los planes de transacción de Maroto con el general cristino Espartero eran prácticamente de conocimiento público.

Cabrera recibía todas estas noticias reafirmando su oposición intransigente a cualquier transacción con los liberales<sup>47</sup>.

El 25 de agosto Maroto dio a conocer públicamente las propuestas de paz que se suponía le había hecho Espartero. El rey, inseguro y dubitativo, se vio incapaz para restablecer su autoridad, y tampoco pudo convencer a su círculo más fiel de pasar al Maestrazgo para ponerse al resguardo de Cabrera.

El 29 de agosto, Maroto marchó a Vergara, donde se hallaba el general Espartero, y el 30 por la tarde se hizo público el definitivo Convenio, que fue firmado el día 31, y al que se acogieron las divisiones guipuzcoanas, vizcaína y castellana, con otros cuerpos y corporaciones.

Las proclamas de Carlos V de ese mismo día y el siguiente, declarando traidor a Maroto y oponiéndose a la transacción, no tuvieron prácticamente eco.

El 14 de septiembre el rey entró en Francia, y el 25 se rindió el castillo de Guevara, último reducto que defendió la bandera de Carlos V en las

<sup>47</sup> Citado por RICO Y AMAT, J.: op. cit., p. 238.

provincias del Norte. Alrededor de ocho mil hombres marcharon al exilio como consecuencia del hundimiento del ejército legitimista de Navarra y las provincias vascongadas<sup>48</sup>.

Cabrera quedaba solo, abandonado a su suerte. Los sucesos del Norte y la firma del Convenio de Vergara le habían cogido casi por sorpresa, pues su información sobre los acontecimientos en el cuartel real era sólo esporádica, debido a la distancia y al relativo aislamiento.

### 13. *Asesinato del conde de España. Cabrera se queda solo*

El duque de la Victoria, convencido de que Cabrera no aceptaba más transacción que la resistencia, se dispuso a caer sobre él con todas las fuerzas a su mando, tanto las procedentes del Norte como las que habitualmente operaban en el Centro. La desventaja entre ambos ejércitos era abrumadora, pero aun así los carlistas contaban con la ventaja de conocer el territorio, del apoyo de los habitantes –que en su gran mayoría les eran favorables– y, sobre todo, la confianza en su jefe. En Valencia y Aragón, Cabrera mantuvo siempre su autoridad sobre su ejército, sin que proliferaran las funestas divisiones que gangrenaron el campo carlista en el Norte.

En Cataluña la mano de hierro del anciano conde de España había logrado convertir en un ejército ordenado lo que hasta su mando había sido una gavilla de partidas guerrilleras incapaces de someterse al menor orden y disciplina. No obstante, su despotismo de querer resolver todo *manu militari* y los cambios arbitrarios de su humor caprichoso le granjeaban muchos enemigos.

La tensión entre la Junta del Principado y el conde de España aumentaba día a día. Si bien los rumores que le atribuían negociaciones con el enemigo eran falsos y promovidos por agentes cristinos, si es cierto que el comandante general del Principado no confiaba ya en las posibilidades de un triunfo carlista<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> Varios generales y ministros habían precedido ya al rey, otros muchos le siguieron inmediatamente, entre ellos D. Nazario Eguía, el general Silvestre, jefe del Cuerpo de Ingenieros, el ministro de la Guerra Montenegro, el general Basilio García, que había regresado a España poco antes, Villareal, Gómez, Zaratiegui, el anciano cura Merino y otros que prefirieron el exilio a someterse. Enseguida pasaron también a Francia seis batallones de Alava con un escuadrón, el batallón de Cantabria, algunas compañías navarras y la Guardia Real, mandada por los generales Elío y Conde de Negri. En los días siguientes les siguieron todos los batallones navarros, que no podían resistir ya más. Antes de hacerlo se produjeron inevitables desordenes, fruto de los cuales resultó asesinado por sus propios soldados el general González Moreno cuando iba a pasar a Francia, en un momento en que se veían traidores por todas partes. Ver MORAL RONCAL, Manuel Antonio: *Carlos V de Borbón*. Editorial Actas S.L., Madrid, 1999, p. 352 y ss; y VON GOEBEN: op. cit., *Cuatro años en España*, p. 333.

<sup>49</sup> Díaz de Labandero, Gaspar: *Historia de la Guerra Civil de Cataluña en la última época*. Imprenta de la Viuda de Jordán e Hijos. Madrid, 1847, p. 382.

A pesar de todo, el conde de España estaba dispuesto a resistir, y todavía preparó un plan en combinación con Cabrera, consistente en que España extendería sus operaciones hacia el sur para atacar el flanco y la retaguardia de Espartero, cuando éste saliera de Zaragoza con destino al Maestrazgo.

Pero la Junta Superior Gubernativa de Cataluña, convencida después de los incendios de Pons, Manlleu, Ripoll, Oliván, Gironella y caseríos de las cercanías de Berga ordenados por el conde de España, así como por la apatía de éste en las operaciones militares, de su excesiva dureza en el mando, de su abuso de autoridad llevado al extremo, y de sus sospechas –completamente infundadas– sobre infidencia, acordó solicitar del rey la destitución del conde de España<sup>50</sup>.

La carta de destitución llegó la noche del día 25 a manos de la Junta. A la mañana siguiente la Junta celebró sesión extraordinaria y el conde de España fue detenido, al tiempo que se le comunicaba su destitución como comandante general del Principado por orden del rey.

El temor que el conde les inspiraba, y el miedo a que no aceptase la destitución, impulsó a los vocales más osados de la Junta a un procedimiento que se apartó de lo que era la orden superior y hubiera sido el procedimiento normal de proceder al relevo.

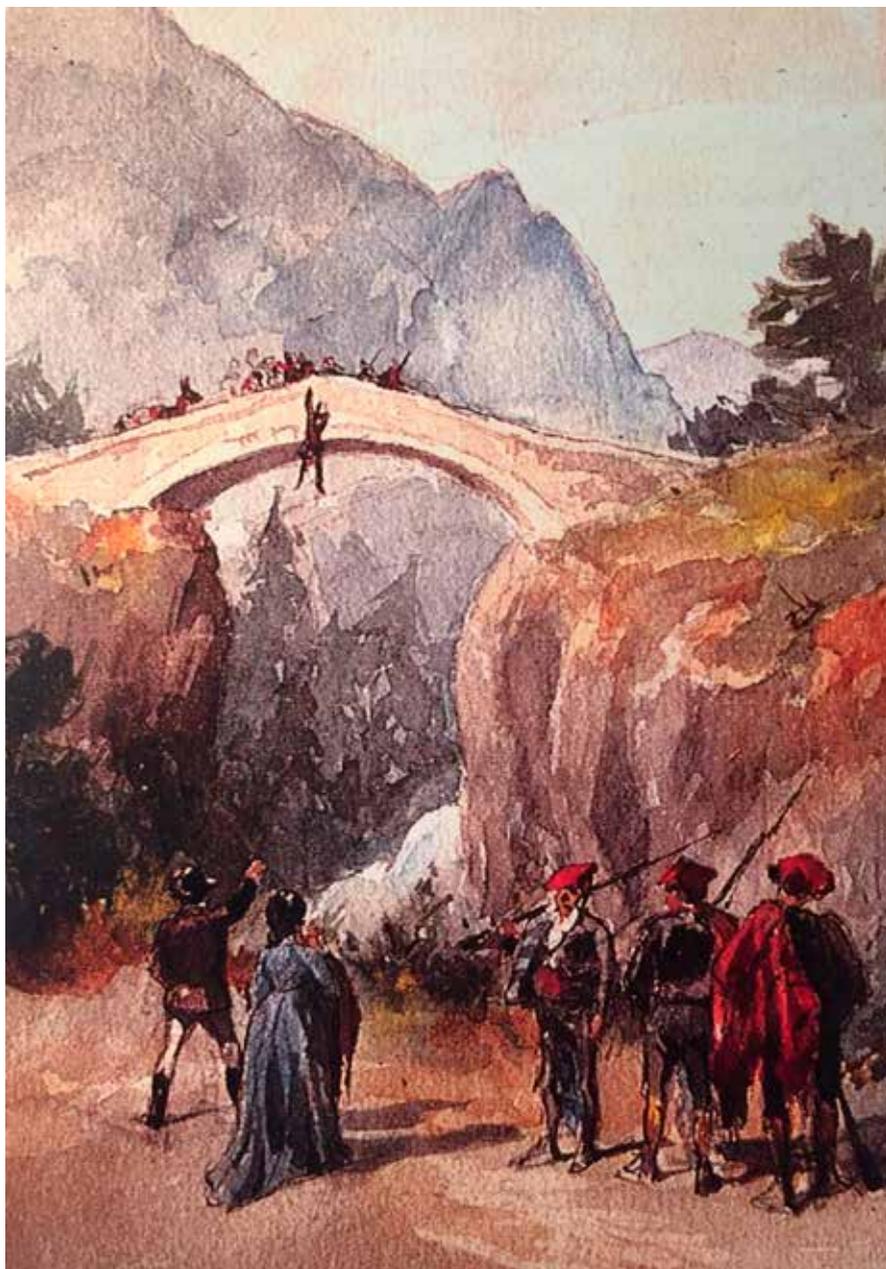
Decidido el traslado a Andorra del destituido teniente general Carlos de España, en un momento del trayecto los que marchaban con él se volvieron contra el conde y le asesinaron, arrojando su cuerpo al río Segre atado con una soga que sujetaba una piedra<sup>51</sup>.

La responsabilidad del asesinato del conde de España recaía en los miembros de la Junta que formaban parte del llamado *sector universitario*, con su presidente y vicepresidente a la cabeza.

El intendente Labandero fue destituido y fue a reunirse con Cabrera, así como el canónigo D. Mateo Sampons. Ambos relataron lo sucedido al conde de Morella, incluidas las amenazas de muerte que habían recibido por pedir que se aclararan las circunstancias del crimen, y que los había llevado a abandonar el Principado.

<sup>50</sup> El famoso conspirador Aviraneta y los servicios secretos que trabajaban para el gobierno llevaron a cabo todo tipo de maniobras intoxicadoras para tratar de sembrar la desconfianza y la división en el campo carlista, incluida la circulación de correspondencia falsificada en la que se daban informaciones falsas que ponían en entredicho la conducta de algunas personas.

<sup>51</sup> El asesinato del conde de España mereció, desde poco después de producirse, gran cantidad de relatos, algunos de ellos deliberadamente escritos con el fin de ocultar la verdad. Para una narración verídica y documentada, después de contrastar todas las fuentes, resulta recomendable la lectura de la biografía del conde de España escrita por el historiador OLEZA, José de: *El primer conde de España. Sus proezas y su asesinato*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1944, pp. 235 y ss.



**Figura 12: Asesinato del conde de España, acuarela anónima. Colección particular**

El embajador español en París, marqués de Miraflores, transmitió al gobierno su impresión de que la orden de destitución del conde de España había sido falsificada por sus enemigos, y de que su sustituto al frente de los carlistas catalanes, el mariscal de campo José Segarra, podría ser fácil presa del soborno. Sus palabras resultarían proféticas.

#### 14. *Resistencia contra toda esperanza*

Cabrera estaba dispuesto a resistir y a defenderse no sólo de fuerzas inmensamente superiores, sino también de argucias y maniobras, tanto para sembrar la división en su ejército como para acabar con su propia vida<sup>52</sup>.

El 14 de octubre los generales Espartero y O'Donnell, primer y segundo jefe respectivamente del ejército conjunto, mantuvieron una reunión para coordinar las operaciones de pinza sobre el territorio controlado por los carlistas. Cabrera, por su parte, respondía multiplicándose en cuantos puntos era necesaria su presencia, aprovisionando sus plazas fuertes, y eligiendo gobernadores de su confianza, que aseguraran la defensa de las mismas.

Así las cosas, en el Maestrazgo los hechos empezaban a imponerse con la aplastante superioridad del ejército enemigo. El formidable ejército de Espartero empezó entonces su ofensiva con el ataque a los fuertes carlistas de la izquierda del Turia, empezando por los de Chelva y Alpuente. Mientras el primero cayó sin resistencia, el segundo dio muestras del heroísmo de los defensores, que tantas veces se repetiría a lo largo de los siguientes meses<sup>53</sup>.

Sin embargo, estas primeras victorias del ejército constitucionalista no dejaban de tener compensación en otros hechos de armas favorables a los realistas.

Cabrera, aunque consciente de los nubarrones que se cernían sobre el futuro de su ejército, recorría sus fortalezas y disposiciones apartando –o mandando fusilar– a cualquier sospecho de infidencia o soborno.

Los planes de Cabrera consistían en ganar tiempo, para que la estación avanzase y le favoreciese en sus proyectos de que el rey o su primogénito pudieran entrar en España. Pero la tensión de una actividad sin descanso pasó factura al caudillo carlista, que contaba entonces sólo 33 años, cuya salud empezó a resquebrajarse.

Los jefes cristinos pusieron en marcha todo tipo de artimañas para dividir, desmoralizar y sobornar al ejército carlista, incluido la falsificación

<sup>52</sup> Carlos Marx escribió que la decisión de resistir de Cabrera no fue «más que un esfuerzo póstumo por galvanizar el seco esqueleto del carlismo». MARX, Carl y ENGELS, Frederick: *Revolución en España*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970, p. 37.

<sup>53</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, p. 164.



Figura 13: *Cabrera al frente de sus tropas*. Óleo de Mikel Olazábal. Museo Carlista de Madrid

de órdenes del propio Cabrera. Este tipo de tretas, obligaron a Cabrera a promulgar una orden general para que nadie obedeciese eventuales órdenes escritas, incluso con su firma y sello, si no eran llevadas personalmente por uno de los ayudantes u oficiales de órdenes, cuyo nombre se especificaba<sup>54</sup>. Por otra parte, el tortosino era implacable con cualquier muestra de deshonra, prodigándose los fusilamientos ante cualquier muestra de traición o conspiración con el enemigo<sup>55</sup>.

El día 13 de diciembre, Cabrera entró en Cataluña, acompañado sólo de cuarenta jinetes, con el ánimo de tomar algunas disposiciones que le había confiado el rey en el Principado, pero la situación en el Maestrazgo le obligó a retornar de inmediato.

El 14 de diciembre cayó el fuerte de Manzanera, y poco después los de Chulilla y Ejulve, que escribieron páginas de heroísmo.

Cada una de estas pérdidas era un golpe en el campo carlista, pero de menor impacto que lo fue la noticia de la enfermedad de su caudillo, que se conoció en esos días y que llenó de angustia todos los pechos carlistas. El día 16 de diciembre el general se había sentido indispuerto, acometiéndole náuseas, unidas a fuertes dolores en los miembros y un intenso sudor frío, lo que le obligó a guardar cama. Los médicos constataron la gravedad del estado del enfermo, y juzgaban el mismo era debido a estar afectado de fiebres tifoideas.

Tras un inicial alivio de su estado, pronto se agravó de nuevo, aquejado de una rigidez, una debilidad general del cuerpo y una depresión del ánimo que contrastaban con su fuerza y energía anteriores, y de las que ya no se recuperaría plenamente hasta el final de la guerra.

Los médicos decidieron trasladar a Cabrera a Morella, sin que el caudillo tortosino pudiera prácticamente aguantar sobre su caballo, lo que le obligó a permanecer en una masía a las afueras de Hervés.

La noticia se esparció como un reguero de pólvora, primero por el campo carlista, pero luego también por toda España y hasta por los periódicos extranjeros<sup>56</sup>. La desolación se apoderó del campo carlista y de los habitantes de los pueblos, sabedores de que sus esperanzas se sostenían sólo

<sup>54</sup> VON GOEBEN: op. cit., p. 402.

<sup>55</sup> VON GOEBEN: op. cit., p. 393.

<sup>56</sup> Corrieron rumores de que Cabrera había sido envenenado. El rumor tenía su lógica, teniendo en cuenta que en dos ocasiones se habían frustrado tentativas de asesinar al caudillo carlista. Un tal José Guarch fue fusilado en Morella convicto y confeso de haber querido asesinar a Cabrera a cambio de 80.000 reales y el empleo de capitán. Otro comisionado para este mismo fin fue perdonado en atención a su arrepentimiento y a la información que proporcionó sobre los que le enviaban, según el Boletín del Ejército Real de 17 de octubre de 1839. Citado por FLAVIO, E., Conde de X\*\*\*: *Historia de Don Ramón Cabrera*. Est. Tipográfico-Editorial de G. Estrada. Madrid, 1870, Tomo II, p. 139.

en aquel hombre que yacía ahora en un estado de sopor comatoso que le acercaba a la muerte a escasamente tres horas de las posiciones que ocupaba el enemigo. A pesar de todo, Espartero no se movió, sin querer arriesgarse a penetrar en la caverna del león moribundo.

Al anochecer del día 24 de diciembre, Nochebuena, el estado del enfermo se agravó al extremo y le fue administrada la Extremaunción. Confortado con el sagrado Viático, el estado del general experimentó en los días siguientes una apreciable mejoría, que le llevó a pedir continuar viaje a Morella, donde confiaba restablecerse.

El 9 de enero Cabrera entró finalmente en Morella, donde fue recibido por una inmensa muchedumbre y por las autoridades, que salieron del pueblo a recibirle<sup>57</sup>.

A mediados de enero la enfermedad de Cabrera empezó a hacer crisis, y el general experimentó una cierta mejoría. Los médicos le ordenaron que durante cuarenta días no se ocupase de la guerra, advirtiéndole que sólo así podría evitar que una recaída le llevase a la tumba.

En esos mismos días Cabrera recibió dos órdenes del rey, firmadas en Bourges el 9 de enero. En la primera de ellas se le nombraba general en jefe del ejército de Cataluña, según comunicación que se enviaba a la Junta Gubernativa del Principado. Segarra quedaba como comandante general, si él lo consideraba conveniente.

En la segunda, se le autorizaba para que comprometiera un empréstito, o los medios que juzgara oportunos, para allegar recursos para su ejército<sup>58</sup>.

<sup>57</sup> DÍAZ, Nicomedes-Pastor: op. cit., p. 331.

<sup>58</sup> El 4 de enero el cónsul general de España en Lisboa informaba al gobierno de que «se me ha asegurado por persona muy al alcance de secretos que por el último paquete llegado de Inglaterra se han recibido en esta Corte libranzas por el valor de seis millones de reales con destino a Cabrera, a quien deben remitirse en plata u oro. He tratado de indagar la casa o casas a cuyo cargo han venido aquellas y sólo he logrado conjeturar que podrían ser las de Walsh, Goold, O'Neill y Lindemberg, particularmente a esta última por ser corresponsales de la de Gower de Londres que ha sido siempre el banquero del Pretendiente. También se me ha afirmado que están para llegar a esta bahía buques cargados de fusiles con el mismo destino, sin que se me haya podido designar la nación a que pertenecen los buques que se aseguran portadores de este armamento, aunque se me ha indicado que los fusiles son procedentes de las fábricas belgas». También los encargados de Negocios en La Haya y Bruselas fueron movilizados por el activo marqués de Miraflores para tratar de averiguar las noticias de que Cabrera podía estar intentando adquirir 20.000 fusiles en Holanda o Bélgica. Archivo Histórico del Ministerio de Asuntos Exteriores, Legajo H 2842. La embajada española en Francia consiguió con gran efectividad desbaratar todos los intentos llevados a cabo por Don Carlos y Cabrera de obtener fondos y armas, movilizándolo para ello a todo el servicio exterior del gobierno español. Véase MIRAFLORES, Marqués de: *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II*. Imprenta de la Viuda de Calero. Madrid, 1844, Tomo II, p. 311 y ss.

Por coincidencia o por deseo de no ser menos, a los pocos días de que Cabrera añadiera a los de Aragón, Valencia y Murcia el mando sobre el ejército de Cataluña, también Espartero fue nombrado caudillo en jefe del ejército cristino del Principado.

El gobierno debió conocer las órdenes cursadas al conde de Morella o los planes de éste de pasar a Cataluña, pues pidió a su agente Eugenio de Aviraneta que pasara a Francia a hacer una labor semejante a la que había realizado anteriormente en el Norte y que había resultado en la descomposición del campo carlista y el Convenio de Vergara<sup>59</sup>.

El ejército liberal no perdía el tiempo mientras tanto. Revistaban las fortalezas de su línea y planificaban en sus cuarteles de invierno la acción concertada sobre el territorio de Cabrera, al que aislaron completamente prohibiendo toda circulación de personas entre una y otra zona.

Los jefes carlistas se dedicaban más a la atención de su caudillo que a las operaciones militares, a pesar de que diversos choques habidos en estas fechas dejaban clara su voluntad de resistir. Decididos a ganar tiempo mientras se producía la recuperación de su jefe, sus planes consistían en mantenerse a la defensiva, sostener sus plazas fuertes a cualquier precio y mover sus divisiones de forma que atrajeran la atención de Espartero hacia distintos puntos.

El día 31 de enero la impaciencia del conde de Morella no le permitió aguantar más, a pesar de las súplicas de los facultativos, y ordenó partir al día siguiente a San Mateo.

Mientras tanto, los ejércitos del Norte y del Centro seguían preparándose para el ataque a las fortalezas carlistas, cuyas líneas se estrechaban. La intención de Espartero era bloquear al ejército carlista en sus aldeas montañosas e impedirle sacar recursos de las fértiles tierras bajas.

Cabrera permanecía entretanto en San Mateo sumido en una profunda depresión, sin fuerzas para tenerse a caballo, desenvainar el sable o dar una orden a sus hombres. Su estado lejos de mejorar, dio paso a una nueva enfermedad, que se manifestó por tos, vómitos y fiebre, y que fue diagnosticada de tos ferina, lo que recomendó su traslado a Uldecona, pensando que cambiar de aires le convendría. De allí pasó en los días siguientes a Mora y a Flix, con el fin de tener una entrevista con algunos jefes de Cataluña, para acordar un plan de acción conjunto.

En Flix, conoció Cabrera los detalles sobre la destitución y el posterior asesinato del conde de España. Ajeno a las maniobras intoxicadoras llevadas a cabo por los agentes y espías cristinos, que mezclaban maliciosamente verdades con mentiras para «provocar la división de los facciosos

<sup>59</sup> *Apuntes de Aviraneta*. Citado por CASTILLO PUCHE, José Luís: *Memorias íntimas de Aviraneta*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1952, p. 292.

en Cataluña», como declara el propio Aviraneta, Cabrera tenía el encargo recibido del rey de aclarar la situación en el Principado y castigar ejemplarmente a los culpables del crimen del conde de España.

Tras su estancia en Flix, volvió Cabrera a Mora de Ebro, con la intención de permanecer allí algún tiempo para completar su restablecimiento, porque desde allí podía atender más fácilmente tanto a Aragón como a Cataluña, si acaso determinaba pasar al Principado<sup>60</sup>.

El mismo día en que el caudillo entraba en Mora, marchaba sobre Segura el formidable ejército del duque de la Victoria, dispuesto a empezar por esta plaza el aplastamiento de la resistencia carlista. Su caída el 27 de febrero, fruto de una traición, produjo desolación en el ejército y en los pueblos<sup>61</sup>.

Tras la conquista de Segura, le tocó el turno a Castellote, que cayó el día 26 después de una resistencia numantina durante varios días. En su parte, el propio Espartero escribiría: «La defensa de Castellote ha sido la más obstinada de cuantas ofrece esta sangrienta lucha»<sup>62</sup>.

Junto a la gloriosa pérdida de Castellote, los carlistas tuvieron que sufrir en esas mismas fechas otras derrotas en diversos puntos. Ocupado militarmente el territorio que hasta entonces controlaban los carlistas, ignorante Cabrera en su postración de la magnitud de la situación y carente de información sobre el estado real de las cosas, las desgracias se iban encadenando y las distintas plazas fuertes iban cayendo como las fichas de un dominó, presagiando un cercano y trágico final.

Después de siete años de guerra, todo lo que laboriosamente habían construido parecía derrumbarse sin remedio. A pesar de todo, cuando la totalidad del ejército liberal caía sobre ellos en enfrentamiento desigual, cuando todo invitaba a desistir, los carlistas mostraban su empeño en defender sus plazas fuertes y disputar cada peñasco de su territorio con increíble porfía.

Cabrera había enviado, desde febrero, comisionados a Bourges para intentar una reactivación de la guerra en el Norte que distrajera las fuerzas de sus enemigos. Carlos V hacía esfuerzos por reanudar la guerra en el Norte o por promover un levantamiento en Andalucía. Cabrera les estimulaba

<sup>60</sup> Mora de Ebro, junto con Flix, eran los puntos más importantes de paso del Ebro que tenían los carlistas en su poder. Resultaban puntos estratégicos clave para el enlace con Cataluña, y su defensa era importante, especialmente contra un golpe de mano desde la fortaleza vecina de Mequinenza, en poder de los liberales.

<sup>61</sup> De la confianza que tenían los carlistas en la capacidad de resistir de la fortaleza de Segura da idea la pintada que habían escrito en sus muros: «Segura siempre será Segura o de Ramón Cabrera la sepultura». Citado por SÁNCHEZ I AGUSTÍ, Ferrán: *Carlins amb armes en temps de pau. Altres efemérides d'interés (1840-1842)*. Pagés Editors. Lleida, 1996, p. 55.

<sup>62</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, p. 273.

a que lanzaran gente a Navarra y al Alto Aragón para distraer a Espartero y evitar así la caída de Morella y las plazas que resistían en el Maestrazgo.

A la falta de fondos para secundar un tal levantamiento se unieron las filtraciones a las autoridades consulares y a la gendarmería francesa, que intervino para desbaratar todos los planes, internando a unos y deteniendo a otros.

Entre tanto, en el Maestrazgo, la pregunta que angustiada de dónde estaba Cabrera era la que se hacían todos los voluntarios, todos los pueblos, todos los que suponían que sólo la muerte del caudillo podía explicar su incomparecencia, la desolación, las pérdidas de plazas fuertes, las deserciones y las infidencias a las que nadie parecía poner remedio.

Cabrera, como quedó dicho, permanecía en Mora de Ebro aislado y ensimismado en los lúgubres pensamientos fruto de su estado de depresión y de su enfermedad, que le duraba ya más de un mes padeciendo unas toses que le partían el pecho. Su estado general se empeoró, llegando a sufrir un edema generalizado, hasta el extremo de que creyendo morir, pidió que se administrasen de nuevo los sacramentos.

Cuando pudo recuperarse algo, pidió ser llevado a Morella para dejarse ver, pues todos le creían muerto, y abundaban las deserciones y la indisciplina<sup>63</sup>. Al entrar en Morella el 4 de mayo, la población entera salió a recibirle y a mostrarle su alborozo por su restablecimiento. Pero la enfermedad había dejado huella en su cuerpo —«reducido a la armazón huesosa cubierta de débiles músculos y piel»<sup>64</sup>— y en su espíritu, menos enérgico que antes de padecerla.

### 15. *Caída de Cantavieja, Morella y las últimas plazas del Maestrazgo*

Las batallas se sucedieron, impotentes los carlistas de contener la ofensiva del ejército liberal. El 11 de mayo Cabrera dio la orden de que se abandonara Cantavieja, destruyendo antes las fortalezas, por conocerse los preparativos que los liberales realizaban para su ataque y haberse descubierto una conspiración para entregar la plaza.

El abandono de Cantavieja dejó expedita al ejército liberal la toma de los restantes pequeños fuertes que aún desplegaban en el Bajo Maestrazgo y confines de Cataluña, quedando libres los principales ejes de comunicación al ejército liberal.

Cabrera se dirigió a La Cenia, donde las fuerzas carlistas tuvieron que enfrentarse a las de O'Donnell, viéndose obligados a retirarse hacia Rosell.

<sup>63</sup> CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, pp. 322 y 323.

<sup>64</sup> Descripción del profesor Hernández, médico comisionado por Carlos V, en el informe sobre la segunda enfermedad de Cabrera, firmado en Bourg el 4 de agosto de 1840, y recogido en CÓRDOBA, Buenaventura de: op. cit., Tomo IV, pp. 332 y ss.

El 18 de mayo empezó el formidable ejército mandado por el general Espartero su ofensiva contra la sitiada Morella. Al final, conociendo los carlistas su situación sin esperanza alguna, se rindieron como prisioneros de guerra. Los liberales tomaron la ciudad, que fue saqueada y en la que hicieron 2.731 prisioneros<sup>65</sup>.

Como quedó dicho en su lugar, tras su enfrentamiento con O'Donnell en La Cenia, Cabrera se había dirigido a Rosell, donde continuaba postrado a causa de la enfermedad que le abatía. «Era un cadáver, una sombra: ni podía andar, ni montar a caballo, ni dormir. Ya no soy Cabrera, nos decía, yo mismo no me conozco: momentos hay en que deseo la muerte»<sup>66</sup>.

### *16. Paso a Cataluña del ejército de Cabrera. La derrota y el final de la guerra*

El primero de junio Cabrera llegó a Cherta, e inmediatamente dispuso lo necesario para cruzar el Ebro con la intención de unirse al ejército de Cataluña y tratar de resistir allí mientras pudieran. Su presencia en Cataluña era necesaria para aclarar el asesinato del conde de España, que desde entonces ponía una sombra de sospecha sobre la Junta de Berga. A ello se unía el que comunicaciones oficiales interceptadas al enemigo le habían convencido del inminente peligro que corría la causa carlista en el Principado a manos de la intriga y la perfidia, lo que hacía urgente su presencia. De hecho, como veremos a continuación, desde el asesinato del conde de España, las fuerzas catalanas habían permanecido a las órdenes de Segarra, que ya estaba en comunicación con el bando liberal para tratar de llegar a algún acuerdo. Por otra parte, Cataluña resultaba más favorable para tratar de resistir que el empobrecido Maestrazgo, y disponía además de una frontera que era clave para evitar que su ejército quedara aislado en la eventualidad de que se perdiera el Principado.

Aviraneta y sus agentes a sueldo habían avanzado en su trabajo, y conseguido de los miembros de la Junta que se dispusieran a hacer todo lo posible por combatir a Cabrera. En Berga había mucha gente armada, la mayor parte paisanos.

<sup>65</sup> Pormenorizada e interesante narración de la caída de Morella en Sánchez, R.: *Historia de D. Carlos y de los principales sucesos de la guerra civil de España*. Imprenta de Tomás Aguado y Compañía. Madrid, 1844, Tomo II cap. XVI y en FLAVIO, E: *op. cit.*, Tomo II, p. 155 y siguientes, quien contrasta fuentes carlistas y liberales y recoge datos de una Memoria debida a D. Pedro Pablo Pallarés, capellán del 1º de Tortosa, testigo presencial.

<sup>66</sup> Testimonio citado por CÓRDOBA, Buenaventura de: *op. cit.*, Tomo IV, p. 359. Por este testimonio, que refleja la alteración de su estado anímico, cabe suponer que Cabrera sufriera lo que hoy se diagnosticaría como una depresión, que pudo incluso ser expresión de la afectación a nivel del sistema nervioso central de las propias fiebres tifoideas que padeció.



**Figura 14:** *Miniatura del general Espartero. Museo Carlista de Madrid*

El 6 de junio se recibió un parte de que Cabrera estaba a dos jornadas de Berga y que el día 8 finalmente estaría frente a la ciudad. Los miembros de la Junta dictaron una serie de medidas de defensa y precaución como si las tropas cristinas estuvieran a la vista.

El día 7 el cirujano Ferrer y otros miembros de la Junta dieron muestras de gran nerviosismo. Trataron de avisar a Segarra para pedirle que viniera con sus tropas e impidiera la entrada del tortosino, en caso de que persistiera en sus planes de venganza contra la Junta. Pero la diferencia de opiniones entre unos y otros no aseguraba la resistencia que pretendían los hermanos Ferrer y otros miembros de la Junta de su cuerda, por lo que pensaron en huir para ponerse a salvo, sin ponerse tampoco en ello de acuerdo. El cirujano Ferrer, que debía tener peor conciencia del asesinato del conde de España que otros, decidió entonces escapar por su cuenta.

El día 8 Cabrera entraba triunfalmente en la plaza tras parlamentar con varios individuos de la Junta y hacerles saber que venía en paz y sin planteamiento hostil<sup>67</sup>.

Abandonado el Maestrazgo por las últimas fuerzas, fueron cayendo los fuertes que subsistían, que o bien se entregaban a los constitucionalistas o eran abandonados directamente por sus disminuidas guarniciones, con lo que el territorio quedó provisionalmente pacificado, subsistiendo sólo pequeños grupos de fugitivos dispersos que erraban por aquellas montañas hasta ir cayendo en manos de la tropa.

Antes de que Cabrera llegara a Berga, todos pensaban que la guerra estaba perdida de forma inevitable. Hacía dos meses que el ejército catalán no combatía, y los que permanecían en sus puestos difícilmente podían sustraerse al ambiente cada día más cargado de recelos, discordias y animosidades. La crispación de los ánimos, efecto de siete años de lucha y ante la perspectiva de una derrota inminente, podían haber producido un baño de sangre, que la llegada del conde de Morella pudo evitar.

Inmediatamente después de su llegada a Berga, Cabrera mandó detener a los sospechosos y ordenó la detención de Segarra, comandante general del Ejército Real de Cataluña, que desde Vich, donde consiguió escapar, publicó una proclama en que pedía a las fuerzas carlistas que se pasaran al enemigo<sup>68</sup>.

Las investigaciones llevadas a cabo probaron que varios jefes y oficiales estaban comprometidos con él en su traición, y que existían movimientos

<sup>67</sup> *El Restaurador Catalán*, 9 de junio de 1840. Citado por SAGARRA I DE SISCAR, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya. El conde d'España i la Junta de Berga*. Editorial Barcino. Barcelona, 1935, Tomo II, pp. 147 y 148.

<sup>68</sup> *Álbum biográfico dertoesense*. Obdulio Rodríguez y González de los Ríos, editor. Tortosa, 1892, Vol. 1, P. 213.

subversivos en el campo carlista, promovidos por agentes del gobierno, que animaban a la desertión y a la discordia entre los voluntarios catalanes, aragoneses y valencianos leales aún a su jefe y a la causa del rey.

Estaba claro que las autoridades liberales pretendían, con el soborno y la intriga, reproducir en Cataluña un desenlace similar al alcanzado con Maroto en las provincias del Norte.

La desmoralización y las intrigas promovidas por el gobierno en el ejército carlista catalán, para que sus componentes se acogieran a indulto, amenazaba gravemente la disciplina y el mantenimiento de la autoridad, en momentos en que se tenían noticias del avance del enemigo hacia la ciudad. Cabrera, acongojado por los continuos rumores de nuevas desafecciones y abatido por su enfermedad, dirigió el 24 de junio una dura Orden General a los jefes y comandantes de su ejército, así como a los pueblos, que refleja su estado de ánimo. En ella establecía pena de muerte para todo aquel que fuera encontrado con pliegos del enemigo y no los hubiera presentado a la autoridad militar.

Por su parte, el 1 de julio, Espartero publicó desde Manresa un bando en el que amenazaba con la pena de muerte a los ayuntamientos que no denunciaran la entrada de fuerzas carlistas; a cualquier carlista no uniformado; y a quienes se encontraran en posesión de armas sin entregar.

En esa misma fecha, el ejército cristino de Espartero inició la ofensiva final sobre los núcleos legitimistas catalanes. «Nadie ignoraba en el ejército, desde el simple voluntario hasta el último jefe, que desde aquel punto pasaríamos días antes o días después la frontera», escribió Díaz de Labandero en sus memorias de aquellos días<sup>69</sup>.

A pesar de la desproporción de fuerza y de la imposibilidad de albergar ya ninguna esperanza, el conde de Morella sostuvo el 4 de julio una última batalla antes de abandonar definitivamente Berga. Tras la derrota y la pérdida de la plaza, Cabrera decidió entonces atravesar la frontera francesa con lo que quedaba de su ejército.

La decisión de atravesar la frontera se basaba en la falta de víveres y municiones, lo exhausto del país y el cansancio de sus habitantes, su propia enfermedad que le aquejaba desde hacía casi ocho meses, la superioridad numérica del enemigo<sup>70</sup> y, por último, el triste estado del ejército catalán tras el asesinato del conde de España. Todo ello le hacía creer que la prolongación

<sup>69</sup> DÍAZ DE LABANDERO, Gaspar: op. cit., p. 135.

<sup>70</sup> Al tomar la decisión de cruzar la frontera, el Conde de Morella estimaba los efectivos de ejército liberal en unos 100.000 infantes y 6.000 caballos, contra 20.000 y 2.000 respectivamente que componían su propio ejército. En el ataque a Berga, Espartero dispuso de 60 batallones y unos 4.000 caballos, contra los 6 batallones y 300 caballos que pudo oponerle el general Cabrera.

de la guerra no conduciría más que a un inútil derramamiento de sangre sin beneficio alguno, por lo que proponía pasar la frontera y buscar asilo en territorio francés.

La *Guerra de Cabrera* había terminado después de siete años de desigual combate.

No pasarían muchos años, sin embargo, para que se viera que lo que parecía el final de una guerra no era, sin embargo, más que el final de una batalla, y para que el propio Cabrera volviera a dirigir a sus hombres en el combate. Durante casi un siglo más los carlistas, seguirían velando armas, en el exilio o en sus casas unas veces, en el monte otras, a lo largo de todo el siglo XIX, representando a una España que se negaba a morir.

## BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo: *Álbum biográfico dertoense*. Obdulio Rodríguez y González de los Ríos, editor. Tortosa, 1892.
- Anónimo: *Estado Militar de España*. Imprenta Real. Madrid, 1833.
- ARIZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*. Imprenta de Vicente de Lalama. Madrid, 1840.
- BULLEN, Roger y STRONG, Felicity: *Palmerston. I: Private correspondence with Sir George Villiers (afterwards fourth Earl of Clarendon) as Minister to Spain 1833-1837*. Her Majesty's Stationery Office. London, 1985.
- BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Editorial Actas. Madrid, 1992.
- CABELLO, F.; SANTA CRUZ, F. y TEMPRADO, R.M.: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*. Imprenta del Colegio de Sordomudos. Madrid, 1845.
- CALBO Y ROCHINA DE CASTRO, Dámaso: *Historia de Cabrera y de la Guerra Civil en Aragón, Valencia y Murcia*. Establecimiento Tipográfico de D. Vicente Castelló. Madrid, 1845.
- CASTILLO PUCHE, José Luís: *Memorias íntimas de Aviraneta*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1952.
- CASTRO, Antón: «Ramón Cabrera: la literatura y el héroe», en *Aceite, Carlismo y Conservadurismo político. El Bajo Aragón durante el siglo XIX*. Al-Qannis, n.º 5. Taller de Arqueología de Alcañiz. Alcañiz (Teruel), 1995.
- CÓRDOBA, Buenaventura de: *Vida militar y política de Cabrera*. Imprenta y fundición de D. Eusebio Aguado. Madrid, 1844.
- DELGADO, José María: *Memorias militares del general D. Miguel Gómez y Damas. Expedición carlista por España en 1836*. Imprenta de El Correo Español. Madrid, 1914.
- DÍAZ, Nicomedes-Pastor: Biografía de Don Ramón Cabrera. En *Obras*. Tomo V. Imprenta de Manuel Tello. Madrid, 1968.
- DÍAZ DE LABANDERO, Gaspar: *Historia de la Guerra Civil de Cataluña en la última época*. Imprenta de la Viuda de Jordán e Hijos. Madrid, 1847.
- FERRER, Melchor; TEJERA, Domingo y ACEDO, José F.: *Historia del Tradicionalismo español*. Editorial Católica Española, S.A. Sevilla, 1941-1947.
- FLAVIO, E. Conde de X\*\*\*: *Historia de Don Ramón Cabrera*. Est. Tipográfico-Editorial de G. Estrada. Madrid, 1870.
- GONZÁLEZ DE LA CRUZ, Rafael: *Historia de la emigración carlista*. Imp. Cuesta. Madrid, 1844.

- HORTELANO, Benito: *Memorias*. Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1936.
- MARX, Carl y ENGELS, Frederick: *Revolución en España*. Ediciones Ariel. Barcelona, 1970.
- MIRAFLORES, Marqués de: *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II*. Imprenta de la Viuda de Calero. Madrid, 1844.
- MORAL RONCAL, Manuel Antonio: *Carlos V de Borbón*. Editorial Actas S.L. Madrid, 1999.
- OLEZA, José de: *El primer conde de España. Sus proezas y su asesinato*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1944.
- OVILO Y OTERO, Manuel: *Vida militar y política de D. Carlos María Isidro de Borbón. Historia de la Guerra Civil*. Sociedad de Operarios del mismo Arte. Madrid, 1844.
- OYARZUN, Román: *Vida de Ramón Cabrera y las guerras carlistas*. Editorial Aedos. Barcelona, 1961.
- PUIG Y PUIG, Juan: *Historia breve y documentada de la Real Villa de Catí*. Servicio de Publicaciones. Diputación de Castellón, 1998.
- RICO Y AMAT, Juan: *Historia política y parlamentaria de España*. Imprenta de las Escuelas Pías. Madrid, 1861.
- SAGARRA I DE SISCAR, Ferran de: *La primera guerra carlina a Catalunya. El comte d'España i la Junta de Berga*. Editorial Barcino. Barcelona, 1935.
- SÁNCHEZ I AGUSTÍ, Ferrán: *Carlins amb armes en temps de pau. Altres efemérides d'interés (1840-1842)*. Pagés Editors. Lleida, 1996.
- SÁNCHEZ, R.: *Historia de D. Carlos y de los principales sucesos de la guerra civil de España*. Imprenta de Tomás Aguado y Compañía. Madrid, 1844.
- SAN ROMÁN, Marqués de: *Guerra Civil de 1833 a 1840 en Aragón y Valencia. Campañas del general Oraá (1837-1838)*. 2 volúmenes. Imprenta y fundición de M. Tello. Madrid, 1884 y 1896.
- SEGURA BARREDA, José: *Morella y sus aldeas. Volumen IV*. Ayuntamiento de Morella. Morella, 1991.
- URCELAY ALONSO, Javier: *Cabrera. El Tigre del Maestrazgo*. Editorial Ariel. Barcelona, 2006.
- : *El Maestrazgo Carlista*. Editorial Antinea. Vinaroz (Castellón), 2001.
- : «La historia autógrafa de Ramón Cabrera redactada por su hijo», en *Revista Aportes*, Año XV, n.º 43, 2/2000. Editorial Actas. Madrid, 2000.
- : «El hogar materno y el entorno familiar de Ramón Cabrera», en *Revista Aportes*, Año XVIII, n.º 52, 2/2003. Editorial Actas. Madrid, 2003.
- VON GOEBEN, Augusto: *Cuatro años en España*. Institución Príncipe de Viana. Diputación Foral de Navarra. Pamplona, 1966.
- VON RAHDEN, Wilhem: *Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2014.